

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

LA AMIGA DEL PRESIDENTE

*Lou
Carrigan*



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

FABR _____

Su nombre completo era Joseph Archibald Slockum pero las personas con las que se relacionaba lo llamaban Joseph Slockum, nada más, a menos que lo tuviesen en especial aprecio, en cuyo caso era simplemente Joe.

De estas personas había muy pocas, porque Joseph Slockum no era demasiado sociable, dicha sea la verdad. No es que tuviese mal carácter, eso no, pero resultaba poco comunicativo. Era un amigo fiel y leal, sin la menor duda, pero poco comunicativo. Sin embargo, esto estaba justificado, porque Joseph Archibald Slockum era agente de la C. I. A y, tanto por su propia seguridad como para no complicarles la vida a sus pocos amigos en un momento dado, prefería que creyesen de él que era viajante de instrumentos musicales, a pesar de que en lo que a música se refiere él sólo sabía tocar la armónica.



Lou Carrigan

La amiga del presidente

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1622

ePub r1.1

Lds 11.02.19

Título original: *La amiga del presidente*

Lou Carrigan, 1981

Cubierta: Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Su nombre completo era Joseph Archibald Slockum pero las personas con las que se relacionaba lo llamaban Joseph Slockum, nada más, a menos que lo tuviesen en especial aprecio, en cuyo caso era simplemente Joe.

De estas personas había muy pocas, porque Joseph Slockum no era demasiado sociable, dicha sea la verdad. No es que tuviese mal carácter, eso no, pero resultaba poco comunicativo. Era un amigo fiel y leal, sin la menor duda, pero poco comunicativo. Sin embargo, esto estaba justificado, porque Joseph Archibald Slockum era agente de la C. I. A y, tanto por su propia seguridad como para no complicarles la vida a sus pocos amigos en un momento dado, prefería que creyesen de él que era viajante de instrumentos musicales, a pesar de que en lo que a música se refiere él sólo sabía tocar la armónica.

Eso sí, lo hacía muy bien, incluso con partitura, pues había aprendido solfeo y demás en los tiempos en que era un joven atleta universitario. Podía dar el pego hablando de música, desde luego. Y cuando tocaba la armónica se metía en el bolsillo a la concurrencia.

Rubio, de ojos oscuros, boca delgada y mentón granítico, Joe Slockum no era lo que podía admitirse como un hombre «guapo», pero sí resultaba impresionante. Muchas muchas mujeres se volvían disimuladamente en la calle para echarle una miradita, lo que a él le tenía sin cuidado. Hacía ya tiempo que había perdido su interés por las mujeres en cuanto a relación personal se refiere. Ni novias, o amigas, o ligues, ni nada de eso. Estaba ya escarmentado, así que cuando su naturaleza se soliviantaba un poco, simplemente iba a un sitio adecuado, compraba los servicios que necesitaba, y ¡hasta la próxima! Con otra mujer diferente, claro.

Nada de complicaciones.

Ya no más complicaciones.

Pero...

Muchas actitudes filosóficas aseguran que la vida de cada uno es lo que cada uno quiere que sea su vida. Pero no siempre es así, no siempre se tienen en las manos las riendas del Destino. Esto puede suceder en cualquier momento, y es innegable.

Sólo que aquella noche, cuando regresaba del cine, Joe Slockum no lo habría admitido. En cuanto vio el coche detenido cerca del edificio donde tenía su apartamento supo enseguida, eso sí, que le aguardaban complicaciones, pero ni remotamente las asoció con una mujer.

Ni remotísimamente.

Vio el coche, se detuvo un instante, y siguió caminando. Hacía frío, y Slockum llevaba las manos metidas en los bolsillos del gabán, y subido el cuello de éste. Pasó junto al coche sin mirarlo, ni siquiera de reojo. Sabía a quién pertenecía, y sabía muy bien a qué atenerse con esa persona.

Por eso, cuando llegó al portal, se limitó a abrir la puerta y entrar en el vestíbulo. No cerró la puerta. Se quedó esperando, y ni siquiera parpadeó cuando medio minuto más tarde el hombre entró, le miró y le sonrió. Joe se limitó a hacer un gesto de saludo, cerró entonces la puerta, y se dirigió hacia el ascensor. El hombre subió con él.

Segundos más tarde, los dos entraban en el apartamento de Joe Slockum, que tras cerrar la puerta preguntó:

—¿Tomará un *whisky*, señor?

—Me sentará bien. Gracias, Joe.

Entraron en el saloncito. Joe se quitó el gabán, y su visitante se desprendió del abrigo con cuello de piel, comentando:

—Hace frío.

—Sí.

—Ya sé que lo soporta mejor que un oso blanco —sonrió el hombre—, pero de todos modos quizá le resulte atractiva la idea de pasar unos días en el Sur de California.

—Si hay que ir al sur de California, iré al sur de California. ¿Soda, agua, hielo?

—Sólo un poco de soda.

Slockum sirvió el *whisky* con soda en dos vasos, tendió uno a su visitante, y señaló un sillón. Se sentaron los dos.

—¿Ha cenado fuera?

—Sí. Y luego fui al cine.

—Oh. ¿Un programa interesante?

—Absurdo. Era una historia de amor increíble.

—¿Increíble? ¿Por qué?

Por un instante pareció que a Joe le divirtiese la conversación. Contestó:

—Porque al final resulta que él y ella se aman, se casan, y se disponen a ser felices el resto de su vida.

—¿Qué tiene eso de absurdo o de increíble?

—Que la vida no es así. ¿Qué ocurre en el Sur de California, señor?

El visitante bebió calmamente otro sorbito de *whisky*. Luego, sacó un sobre de un bolsillo interior y lo tendió a Slockum. Éste sacó las fotografías del sobre y miró la primera. Una foto de estudio, un primer plano del rostro de una mujer.

Pero no de una mujer cualquiera. El corazón de Joe Slockum efectuó una pirueta, la sangre del espía pareció incendiarse un instante. Se quedó absorto, contemplando inexpresivamente aquellos ojos, aquella boca, la tersura de la frente, la delicada firmeza de la barbilla femenina. Ojos oscuros, boca sonrosada.

—Es muy bonita, ¿verdad? —murmuró el visitante.

Slockum asintió con la cabeza, y miró la siguiente fotografía. La muchacha aparecía ahora en bikini, en una playa... que debía estar en el Sur de California. ¿Bonita? Era sencillamente hermosa. Delicada, sugestiva, maravillosamente hermosa. Piernas perfectas, cintura esbelta, senos hinchidos, pero no grandes. Slockum se quedó mirando el cuello, largo, delicado, bellísimo. Dentro de él, la sangre iba adquiriendo el sosiego tras una brusca aceleración.

Había dos fotografías más, mostrando a la muchacha en la calle, vestida corrientemente, pero con gracia, con buen gusto. Joe volvió a mirar el rostro, y de nuevo sintió como un impacto en el corazón que lo hizo girar dolorosamente.

Devolvió las fotografías.

—Se llama Rebeca Pickford —dijo el otro, guardándose el sobre y sacando otro—. Es amiga del señor Presidente.

—¿Del presidente de qué?

—De los Estados Unidos de América.

Slockum, que había alzado su vaso, se quedó mirando fijamente por encima de éste a su interlocutor. Esto duró tres segundos. Luego, Slockum bebió un sorbo.

—Es evidente el buen gusto del señor Kellerman en cuanto a mujeres se refiere. Debe ser muy agradable tener amigas así... sobre todo si, además, son inteligentes.

—La señorita Pickford es una muchacha inteligente, tendrá usted ocasión de comprobarlo. Joe. Ha sido seleccionado por la computadora de la Central para atender este asunto. No va a ser nada complicado, esperamos.

—¿Por qué he sido elegido yo? ¿Qué le pidieron a la computadora?

—Bueno, aparte de las condiciones normales de valor probado, discreción, sobriedad y todo eso, que el agente en cuestión no fuese dado a complicarse la vida.

—Ya. Entiendo.

—Estupendo. Ya sé que la chica es preciosa, pero confío en que usted se mantendrá en su línea.

—Pierda usted cuidado, señor: no pienso privar al señor Presidente de una... amiga.

El otro asintió. Sonrió secamente.

—En realidad, la señorita Pickford es la amante del señor Presidente —murmuró.

Slockum no contestó. Se limitó a beber otro sorbo de *whisky*. Pero su ceño estaba fruncido. El visitante se puso en pie, tendió a Slockum el otro sobre, y fue a ponerse un poco más de soda en el *whisky*.

—Está un poco fuerte para mí —se disculpó.

—Sírvese a su gusto. Está en su casa, señor.

—Gracias —el otro volvió a sentarse—. Dentro del sobre hay algo de dinero y unas indicaciones, que comprenden el lugar donde está en estos momentos la señorita Pickford y el lugar al cual deberá usted llevarla y permanecer con ella hasta nuevo aviso. Habíamos pensado que pasaran los dos a México, pero eso quizá dejaría un rastro, de modo que se quedarán en Estados Unidos.

—En el Sur de California.

—Sí. Estarán en un chalé cerca de la playa. Todo está previsto y preparado, no les faltará de nada. Pero si en determinado momento fuese necesario, gaste usted el dinero que haga falta... Se trata de que la señorita Pickford se encuentre a gusto, confortable. De todos modos, tengo entendido que no es una chica... caprichosa.

—Pues podría serlo, siendo la amante del Presidente de los Estados Unidos.

—Pero no lo es. Ya le he dicho que es muy inteligente. Todo lo que tendrá que hacer usted es permanecer con ella, como... buenos amigos, e impedir que nadie, absolutamente nadie, se acerque a la muchacha.

Ni usted ni ella deberán comunicarse con nadie por ningún medio, y deberán pasar desapercibidos en todo momento. El lugar es adecuado para ello. La casa a la que van a ir está en la playa, así que si desean nadar un rato, no habrá problemas. Para divertirse, o al menos distraerse, pueden ver la televisión, escuchar la radio, música, leer... Hay provisiones suficientes para que no tengan que ir ni siquiera al supermercado.

—Dos prisioneros.

—Ya sé que no se lo toma así. Es un trabajo, simplemente.

—Sí, lo comprendo. ¿Tiene usted idea de cuánto tiempo deberemos permanecer allí?

—No. Compórtense con naturalidad. Si alguien se fijase en ustedes debería ver una simpática pareja que viven solos y que no desean dejar de estar solos. Esto encaja con una pareja de recién casados, por ejemplo.

En un principio, se pensó en movilizar de un modo más... contundente a nuestro personal: podíamos haber recogido a la señorita Pickford y aislarla de un modo total, pero esas cosas llaman la atención, se podrían hacer comentarios, incluso podría llegarse a mencionar el nombre de ella. Nada de eso interesa. Es el juego de esconder el tesoro dejándolo a la vista de todos, para que al tenerlo ante las narices nadie piense que ése es el tesoro.

—Sí. ¿Alguien estará buscando a la señorita Pickford?

—Nuestros servicios de... rastreo han detectado ciertos proyectos de personas que por el momento no conocemos. Ya sabe lo que pasa: uno nunca sabe cómo, pero se producen fugas de información. Ha sido así como hemos barruntado que alguien está

escarbando en busca de cosas que puedan, molestar al señor Presidente. Es fácil comprender el perjuicio que causaría al señor Kellerman y a la Casa Blanca y todo lo que ella significa que una información como la que representa la señorita Pickford se divulgase.

—No queda muy bien que un Presidente de Estados Unidos tenga una amante, desde luego. Sin embargo, entiendo que eso debió terminar en su tiempo, y que ahora no se relacionan.

—Será mejor que no obtenga usted conclusiones —murmuró el visitante.

—Es decir, que la cosa sigue —dijo fríamente Slockum.

—El trabajo de usted, de momento, es el que le he dicho. Mientras tanto, en la Central están organizando ya las investigaciones que puedan conducir hacia esa persona o personas que están escarbando en la vida del señor Presidente. Una vez solucionada esa parte, el trabajo de usted habrá terminado, espero.

—Le diré adiós a la señorita Pickford y asunto terminado, ¿no es eso?

—Esperemos que pueda hacerse así. Quiero decir que si el equipo que va a encargarse de la investigación no tuviera éxito, y se temiera que las cosas pudieran ir complicándose, habría que tomar una decisión... definitivamente adecuada.

—¿Matar a la señorita Pickford y llevarla mar adentro con una barra de plomo sujeta a los pies?

—Sería muy desagradable que pese a todos nuestros esfuerzos alguien encontrase a la señorita Pickford y la... convenciera de que debe contar su historia con el señor Presidente.

—¿Tendría que mataría yo... o un especialista?

El visitante se puso en pie, terminado su *whisky*. Miró reposadamente a Joe Slockum, y murmuró:

—Usted es un buen especialista, Joe.

—Soy un especialista en la lucha, no un asesino.

—El hecho cierto es que no deseamos que en esta parte del asunto intervenga más personal. ¿Quiere que le ayude a preparar su equipaje?

—¿Tengo que partir ahora mismo?

—Le llevaré en mi coche al aeródromo, donde le está esperando un avión que le llevará a Los Angeles. A partir de ese momento

seguirá usted las instrucciones que contiene el sobre... Ya las leerá en el avión. ¿Le ayudo con el equipaje? No se trata de que lleve sólo una maletita, como otras veces, sino ropa y cosas suficientes para pasar fuera una temporada. Si todo termina pronto, mejor, pero conviene que vaya preparado.

—Está bien.

Veinte minutos más tarde, los dos salían del apartamento. El jefe de Slockum estaba llevando el asunto con tal extremo de discreción que ni siquiera llevaba un hombre en el coche. Los dos solos emprendieron la marcha hacia el aeródromo.

Entre unas cosas y otras era más de la una de la madrugada cuando Joseph Archibald Slockum partía hacia Los Angeles en una avioneta a cuyo cargo estaba un solo hombre.

Lo primero que hizo Slockum fue leer las instrucciones que memorizó concienzudamente. Luego las quemó y se dispuso a dormir.

No tenía por qué llegar fatigado a Los Angeles.

* * *

En Los Angeles, concretamente en el San Fernando Airport, Joe Slockum se hizo cargo del automóvil que esperaba a su disposición, vacío pero con las llaves puestas. Todavía era de noche, así que Slockum condujo con cuidado. El asunto era urgente, pero no tanto que mereciese el riesgo de un accidente que, precisamente, lo retrasaría. Además, Slockum decidió llegar de día, si bien a primera hora, al chalé de tierra adentro donde debía recoger a la señorita Pickford.

Mientras conducía, Joe Slockum recordaba continuamente el rostro de Rebeca Pickford, y sentía en todo momento aquella sensación de sangre cálida, como renovada.

No le gustaba nada aquel asunto.

Nada.

Pero ya se sabe: trabajar para la

C. I. A.

implica, en el noventa y cinco por ciento de los casos, atender asuntos feos... y sucios.

Asquerosamente sucios.

CAPÍTULO II

Apenas eran las ocho de la mañana cuando Joe Slockum llegó al lugar.

Le gustó, naturalmente. No se podía esperar menos para el «personaje» en cuestión, había que instalarla bien. No llamativamente, pero sí bien, muy bien, aunque no lo pareciera tanto. Seguro que en la casa la señorita Pickford disponía de todo, desde el más moderno televisor en color a tocadiscos cuadrafónico, pasando por abrigo de pieles aunque viviese en California, y no pocas joyas... Bueno, todo eso.

«Y hace bien —pensó Slockum—: puestos a venderse, que sea a buen precio. Esa chica debe haberse llevado la sorpresa de su vida. Seguro que no esperaba que su amigo consiguiera llegar a Presidente de los Estados Unidos... Mierda de vida».

La zona era bastante boscosa, y no había muchas casas por allí. Todo eran fincas privadas, algunas de gran extensión, lo que permitía un muy discreto aislamiento entre los vecinos. La casa era blanca, de tejado rojo, de una sola planta. Preciosa. Tenía un bonito jardín alrededor. Un lugar discreto y encantador, sí.

«Y naturalmente, en la parte de atrás debe tener una estupenda piscina».

Slockum había detenido el coche delante mismo de la casa. Era temprano para que hubiera movimiento allí, nadie se fijaría en él. Paró el motor, y pensó en encender un cigarrillo y esperar un rato, convencido de que la señorita Pickford debía estar todavía durmiendo.

No le gustaría que la despertaran, seguro. Y luego tendría que ayudarla con un montón de maletas, y a lo peor hasta se le ocurría llenar un baúl con sus «trapitos» y otras chucherías. Finalmente,

querría bañarse, arreglarse, emperifollarse, y desayunar... Total, que a poco que se descuidase iban a partir de allí a las once o a las doce de la mañana.

«Esto sí que me toca las narices —se dijo Joe—: guardaespaldas de una fulana. Bueno, que se fastidie un poco, ¿no? Le irá bien madrugar un día en su vida».

Desistiendo de fumarse el cigarrillo, salió del coche y caminó por el sendero de losas hundidas en el césped y flanqueado por arbustos de flores. Llamó a la puerta.

La puerta se abrió inmediatamente, y Joe sintió como un puñetazo en pleno estómago cuando vio a Rebeca Pickford, ya vestida y arreglada. Es decir, estaba lavada y peinada, eso era todo. Su rostro era el de una jovencita fresca y lozana que había dormido estupendamente el tiempo suficiente.

Ella no le dio tiempo a hablar. Preguntó:

—¿Señor Slockum?

—Sí —murmuró Joe.

—Buenos días. Viene usted un poco tarde, señor Slockum.

Joe frunció el ceño.

—Lo siento. He estado haciendo tiempo por ahí, pues temía llegar demasiado temprano.

—Hace más de una hora que estoy esperándole. Podemos partir cuando usted guste.

Joe Slockum ni siquiera tuvo tiempo de ver la casa. En el vestíbulo, dos maletas esperaban. Solamente dos maletas, es decir, el mismo equipaje que él, aparte de un maletín de viaje que transportó personalmente la señorita Pickford, mientras él cargaba con las maletas.

Las colocó en el maletero y fue a sentarse ante el volante. Ella ya estaba en el asiento contiguo.

Slockum dio el encendido y partió.

—¿Ha desayunado? —preguntó Rebeca.

—No.

—Lo siento. Supongo que he debido ofrecerle algo, pero me ha parecido que cuanto antes nos fuésemos sería mejor. Podemos tomar cualquier cosa en el camino, si le parece bien.

—Desde luego. ¿Usted tampoco ha desayunado?

—Tampoco. Es que... estaba un poco nerviosa.

Slockum la miró de soslayo. ¿Nerviosa? No lo parecía en absoluto.

No olía a nada. No usaba perfume, estaba claro. Simplemente, se había lavado y peinado. Estaba preciosa. Joe Slockum sentía un tremendo vacío en el estómago, y ciertamente, no era de hambre.

—Supongo —dijo por fin Joe— que usted conoce mejor que yo esta zona. Dígame dónde podemos parar a desayunar.

—No, no. Usted es quien sabe adónde nos dirigimos, señor Slockum, de modo que pare donde le parezca conveniente, y cuando sea oportuno. Es usted quien manda.

Joe volvió la cabeza hacia ella, fruncido de nuevo el ceño. Se sintió completamente desarmado, incapaz de pensar en un simple reproche o sarcasmo cuando ella le sonrió. ¡Dios...! Le habían dicho que tenía que recoger a la amante del Presidente Kellerman, le habían mostrado fotos de ella y sabía antes de llegar allí que era bellísima. Partiendo de esa información, había esperado encontrarse con un determinado tipo de persona, y al parecer, se había equivocado.

Aunque no había que precipitarse en juzgar a nadie. Posiblemente, la señorita Rebeca Pickford no tardaría en comportarse como en realidad era, una vez se sintiera a salvo.

—Bueno —dijo Joe—, algo encontraremos por ahí. De todos modos, ya sabe que puede pedirme en cualquier momento lo que desee. Mis órdenes son llevarla a determinado lugar y ponerme a su disposición.

—Es usted muy amable, señor Slockum. Gracias. Trabaja para la C. I. A. ¿verdad?

—Sí.

—¡Debe ser muy emocionante!

—No siempre —gruñó Joe.

—Supongo —murmuró Rebeca— que no le gusta mucho el trabajo que le han encomendado esta vez.

Joe tardó un poco en contestar:

—Por lo menos, no es arriesgado... No he pretendido molestarla, señorita Pickford.

—No se preocupe. Usted está en su derecho de tener ideas personales sobre ciertas situaciones. ¡Qué día tan hermoso!

Slockum la miró sorprendido. Luego, él mismo se sorprendió casi sonriendo.

—Sí, es un hermoso día.

—Me parece que no es usted muy hablador.

—No demasiado, francamente.

—¿Por qué?

—¿Eh?

—¿Por qué no le gusta hablar?

—Bueno, no sé... Supongo que prefiero permanecer callado cuando no tengo nada que decir.

—¿Desea permanecer... incomunicado con respecto a mí?

—No he querido decir eso.

—A mí sí me gusta conversar. Opino que el intercambio de ideas es muy... humanizante. ¿No está de acuerdo?

—Tengo que estarlo. Lo que ha dicho no es ninguna tontería.

—¿Esperaba de mí que fuese una tonta?

—No —gruñó Joe—. Ya me advirtieron que era usted una chica muy inteligente.

—A mí me dijeron de usted que entiende bastante de música, y que toca admirablemente la armónica, ¿es así?

—Si tocase admirablemente la armónica estaría en una orquesta. Simplemente, la toco. —Yo también sé tocarla un poco. Seguramente, menos que usted, pero paso ratos divertidos con ella. La última la perdí hace un par de semanas no sé cómo. ¿Lleva usted la suya?

Joe Slockum comenzó a removerse, un poco inquieto.

—Llevo tres: dos en el equipaje y una pequeña en el bolsillo.

—¿Le molestaría prestármela?

Slockum miró hoscamente a Rebeca Pickford, sacó la armónica y se la tendió. Ella arrancó unas cuantas notas y preguntó:

—¿Ha escuchado alguna vez «Dame un beso, amor mío, que me voy muy lejos»? Es de «The Rabbits».

—Ni siquiera he oído hablar de esos conejos^[1].

Rebeca lanzó una cristalina carcajada, y acto seguido, entre risas, comenzó a tocar. El ceño de Slockum parecía un precipicio. Si algo no había esperado era aquello. Un hermoso día, una linda chica en el coche, y el asunto aquel del tipo que pide un beso porque se va muy lejos... ¡Qué tontería!

Miró una vez más de reojo a Rebeca Pickford. Ella llevaba una falda normal y corriente, que permitía ahora ver buena parte de sus magníficos muslos, aunque estaba bien claro que no había malicia alguna en el gesto: simplemente, la falda tenía que quedar así... Un jersey azul, de fina lana, de cuello alto, que parecía colocar la preciosa cabeza femenina en un pedestal; el jersey era ceñido, pero sin exageraciones provocativas. Los pechos se marcaban deliciosamente. Slockum miró las manos que sostenían la armónica: parecían... como de seda dorada; las uñas estaban suavemente barnizadas de color rosa pálido. Ni una sortija siquiera, nada. Eran unas manos hermosas, bellísimas, y parecían... fuertes.

Habían llegado a la carretera, pero Rebeca Pickford continuó tocando, con gran entusiasmo. Poco después circulaban por la carretera costera, hacia el Sur. Rebeca dejó de tocar y se dedicó a contemplar el mar. Joe Slockum miraba de cuando en cuando su barbilla su boca y los pechos tan deliciosamente marcados en el jersey.

Ella se volvió a mirarlo de pronto.

—¿Podríamos parar a desayunar en algún sitio desde donde se viera el mar? —preguntó.

—Lo haremos si hay alguno.

—¿Le parezco caprichosa?

—Sí, pero no extravagante.

—¡Oh! Ahora que dice eso: ¡me había olvidado!

Rebeca abrió su maletín de viaje, sacó una peluca rubia y se la puso, observada siempre de reojo por Slockum, que pensó que ahora cometería ella la primera pifia del día: cambiaría de posición el espejo retrovisor para mirarse. Pero no. Rebeca utilizó para esto un espejito que sacó del bolso.

—Me la regaló él —dijo Rebeca—. Le hace mucha gracia verme de rubia, de cuando en cuando.

—Creo que está mejor con los cabellos negros.

—Sí, pero... así es todavía menos probable que alguien se fije en mí y me reconozca, ¿no le parece?

—Desde luego.

Slockum se sumió de nuevo en el silencio. *El*. El Presidente. ¡Qué jugueteón! Claro que eso podía ser estimulante. Cabía pensar que incluso una chica como Rebeca Pickford llegase a cansarle a uno a

fuerza de la costumbre. Entonces, pues nada, se le pone a la chica una peluca rubia, y ya está. Qué divertido. Aunque menos estimulante que, simplemente, cambiar de chica.

Esta idea no le gustó demasiado a Slockum. A él se le podía ocurrir muy fácilmente eso: cambiar de chica. Sobre todo cuando la actual podía ser un gran compromiso. Entonces, se cambia de chica, y a la anterior, como es un compromiso, se la hace desaparecer. — Tiene usted mucho calor— dijo Rebeca.

Joe la miró sobresaltado.

—¿Qué?

—Digo que debe tener mucho calor, porque está transpirando.

Rebeca había señalado su frente. Slockum sacó el pañuelo, y retiró el ligero sudor que, desde luego, no lo había producido el calor. Era demasiado temprano. No, no había sido debido al calor... ¿Qué sucedería si recibía la orden de matar a Rebeca Pickford? Bueno, tendría que cumplirla, claro. ¿O no? Una cosa era segura: si se tomaba la decisión de eliminar a la muchacha, ésta podía darse por muerta, lo hiciera él o lo hiciera un «especialista»...

—¿Qué quiere que le toque?

—¿Eh? —Respingó Joe.

—¡Con la armónica! —rió ella, mostrándola.

—Ah. Me es indiferente.

—Entonces, voy a tocar «No llores por mí, Argentina».

Joseph Archibald Slockum se removió de nuevo en el asiento. La madre que la parió... Le estaba dificultando las cosas. Claro que con un poco de suerte no sería necesario eliminarla. A fin de cuentas, un equipo especial de la

C. I. A.

estaba buscando por otra parte el modo de solucionar rápidamente aquel asunto, y era de esperar que lo consiguiera. Joe Slockum habría dado cualquier cosa con tal de estar en el otro equipo. Hacia las nueve y media, ya dejada atrás Los Angeles, Joe detuvo el coche en el estacionamiento de un parador desde el cual se veía el mar, entre Long Beach y Santa Ana.

El agente de la

C. I. A.

desayunó café y un par de donuts, contemplando hoscamente a Rebeca Pickford, que pidió un par de huevos, un filete con tomate,

dos rebanadas de pan con mantequilla, café y un solo donut. Ella se quedó mirándole cohibida, cuando terminó.

—¿Le parece que como demasiado?

—Sólo estoy sorprendido. Debería estar gorda, si siempre come así.

—Oh, no siempre. Ha sido por madrugar, el paseo en coche junto al mar, tocar la armónica, salir... ¡Todo es tan estimulante!

—Sí, claro. ¿Nos vamos?

—¿Tenemos prisa?

—Ya no. A fin de cuentas, tenemos que llegar a destino cuando haya anochecido. Son las instrucciones.

—Sí, lo comprendo. ¿No podríamos parar en alguna playa a tomar el sol?

—No, lo siento. Tenemos que viajar ahora hacia el interior y volver a la costa cuando anochezca. La casa a la que vamos está junto a la playa, y a partir de mañana podrá usted tomar el sol cuanto guste.

—Bueno, está bien.

—Lo siento.

—No tiene por qué. Además, señor Slockum, yo estoy bien en todas partes... si estoy bien acompañada.

—¿Cómo debo interpretar eso?

—He querido decir que usted es simpático.

Joe Slockum quedó pasmado, y Rebeca se echó a reír.

Eran las diez y media cuando abandonaron el parador.

* * *

Casi a las diez de la noche llegaron a la casa de la playa. Estaba en un promontorio rocoso, como colgada sobre el mar. Había una pequeña plataforma para dejar el coche en tierra firme. Rebeca se dispuso a ayudar a Slockum a entrar las maletas, pero él rechazó la ayuda. Ella se le quedó mirando, agarró sus dos maletas sin decir nada más, y se dirigió hacia la puerta.

Joe Slockum estaba hasta las narices de Rebeca Pickford después de todo un día con ella yendo de un lado a otro, almorzando aquí, tomando un café allá, hablando de música, del mar, contestando con evasivas a sus preguntas sobre la

C. I. A.

tocando la armónica... Estaba hasta las mismísimas narices de ella. En otras palabras: Joe Slockum estaba loco por Rebeca Pickford.

La llave de la casa estaba en un tiesto, del cual la recogió Slockum. Por supuesto, lo primero que hizo al entrar fue recorrerla, para situarse. Constaba de una espaciosa cocina, dos dormitorios, dos cuartos de baño, un diminuto despacho y un gran salón encarado al mar, que terminaba en una amplia terraza colgada sobre la playa. Ésta era bastante estrecha en aquella parte, y se llegaba a ella o bien desde la terraza por una escalera de madera, o bien desde un lado de la casa, en el exterior, por medio de un tramo de peldaños excavados en la roca.

No era grande, pero sí confortable y elegante. La carretera quedaba a unos doscientos cincuenta metros, distancia que cubría un camino rudimentariamente asfaltado. Desde la carretera se veía perfectamente la casa, pero era uno de esos sitios a los que a radie se le ocurriría acercarse. Se veía y eso era todo. Ahí está esa casa, y punto. Como ese buzón de correos o esa fuente entre la oficina y casa, que se ven cada día y a los que acaba uno por no ver.

El tesoro bien a la vista. Perfecto.

—Parece un sitio muy agradable, ¿verdad? —dijo Rebeca.

—Sí. Ya me dijeron que sería así. Hay de todo. Y si desea algo que no encuentre aquí, pídamelo. ¿Qué dormitorio prefiere?

—Me es indiferente. Además, los dos son iguales.

—Lo mejor será —reflexionó Slockum— que yo me quede el que está más cerca del salón.

—Así, si alguien entra, para llegar a mi dormitorio tendrá que pasar por delante del suyo... ¿no?

—Sí.

—¿Va usted armado?

—Sí —señaló Joe una de sus maletas.

—Bueno, será mejor que pongamos nuestras cosas en su sitio. Si vamos a permanecer aquí un tiempo conviene que seamos ordenados. ¿Usted lo es?

—Sí.

—Menos mal.

Rebeca agarró de nuevo sus maletas y se dirigió hacia su dormitorio. Slockum hizo lo propio. Cuando terminó de arreglar su

habitación regresó al salón, se sentó en una butaca cara al mar y encendió un cigarrillo. Oyó a Rebeca por la cocina, sin salir de su asombro. Nunca había conocido una chica con un apetito tan formidable...

—¿Quiere un poco?

Volvió la cabeza. Rebeca Pickford sostenía en alto una botella de champán en una mano y dos copas en la otra. Se había quitado la ropa de calle y llevaba un tenue pijama de color azul cielo, de manga corta y brevemente escotado; los pantalones eran de «pata de elefante». Calzaba unas chinelas asimismo azules, de piel. Naturalmente, se había quitado la peluca rubia y su larga cabellera negra aparecía suelta.

Joe Slockum tragó saliva disimuladamente y susurró:

—¿Por qué no?

—A mí me encanta el champán —se acercó ella—. Y veo que se ha tenido en cuenta. No creo que nos lo lleguemos a terminar, de tanto que hay en la cocina. Ésta es una de las botellas que había en el frigorífico. Supongo que le gusta frío.

—Sí. ¿Quiere que descorche la botella?

—No, no... ¡Me encanta hacerlo!

Rebeca había colocado las copas sobre una mesita, que empujó de modo que quedó cerca de Slockum. Éste se quedó mirando a la muchacha mientras descorchaba la botella, frunciendo un poco la sonrosada boca. Sí, señor, el Presidente tenía un gusto exquisito. Nada de buscarse simplemente una «tía buena» complaciente en la cama, eso era muy vulgar. Y Rebeca Pickford no tenía nada de vulgar. Precisamente era todo lo contrario, Joe lo había ido comprobando a lo largo del día: Rebeca tenía categoría y estilo suficiente para ser la amante de un rey, de un emperador.

¿Y en la cama? ¿Cómo debía ser en la cama? ¿Qué clase de... exquisiteces ofrecía en la cama Rebeca Pickford? Las imágenes aparecieron en la mente de Joe Slockum: ella y él en la cama. ¡Dios!

—Tenga —se inclinó Rebeca, tendiéndole una copa—. ¡Está muy fresco!

Joe miró los senos vibrando bajo la fina tela del pijama. Desvió rápidamente la mirada de aquellas delicias femeninas. Sabía que estaba pálido. Pálido de amor, de furia, de rencor... de asco. Muy bien, un agente cualquiera de la

C. I. A.

podía tener una amiguita. Pero... ¿un Presidente de los Estados Unidos de América?

—Está usted cansado, ¿verdad, Joe?

La miró de nuevo.

—¿Usted no? —murmuró.

—Un poco. Si le parece tomamos un par de copas de champán y nos vamos a dormir. —De acuerdo.

Ella se sentó frente a él. Cuando se movía, sus pechos vibraban de aquel modo tierno y duro a la vez de la carne joven y prieta, elástica, turgente. Los pezones se marcaban suavemente en la tela. No debía tenerlos muy grandes...

Se dio cuenta de que ella le estaba mirando fijamente, quizá con un poquito de preocupación. ¿Qué temía? ¿Qué él pretendiera violarla, o algo así? Observó que tenía su copa vacía, y se la llenó de nuevo. Se dio cuenta de que le había puesto demasiado, pero ella sonrió y bebió, plácidamente. ¿Realmente no estaba ella también un poco asqueada de todo aquello? ¿Y tampoco estaba asustada por pensamientos respecto a su destino? ¿No había pensado en nada de aquello?

—¿No bebe usted más?

La miró de nuevo.

—Seguiré aquí un rato. Apague la luz cuando se retire, por favor.

Ella asintió, se inclinó sobre él y le besó suavemente en la boca.

—Buenas noches, Joe. Gracias por todo.

—Buenas noches, señorita Pickford.

—Oh, sí... Entiendo. Buenas noches, señor Slockum.

—Buenas noches.

Ella apagó la luz al abandonar el salón. Había luna y Joe se quedó mirando su resplandor sobre el mar. Se sirvió otra copa de champán. Estaba dispuesto a terminar con la botella; sabía que eso no le iba a afectar en lo más mínimo.

Muy bien, ya estaban en el Sur de California, con la amante del señor Presidente. ¿Y ahora, qué? En veinticuatro horas, la vida interior de Joseph Archibald Slockum había experimentado un cambio brusco, tremendo. Del desamor y el desdén al enamoramiento más intenso y apasionado. Y ella estaba a pocos

pasos de él, en la cama.

¿Qué pasaría si él fuese al dormitorio de la señorita Pickford y se metiera en la cama con ella, diciéndole?:

—Querida Rebeca, vengo a hacer el amor contigo hasta caer muerto.

¿Cómo reaccionaría la señorita Pickford?

A las doce de la noche, Joe Slockum se había terminado, la botella de champán —francés, por cierto— y se había quedado dormido en el sillón.

CAPÍTULO III

Despertó hacia las cuatro de la madrugada y se retiró entonces a su dormitorio. A las ocho despertó de nuevo, y en el acto, como antes, pensó en Rebeca Pickford.

Se levantó, tomó una ducha, y envuelto en el albornoz fue a la cocina, donde comenzó a preparar el desayuno. Muy bien: un agente de la

C. I. A.

—y de los buenos— metido a niñera y a cocinero. Y a lo peor, a asesino, en cualquier momento. Muy bien, hombre, muy bien.

Dejó el café en el fuego y fue al salón en busca de los cigarrillos, donde habían quedado la noche anterior. Encendiendo uno se acercó a la terraza, y, al mirar hacia la playa, quedó patitieso.

—¡Demonios de mujeres...! —exclamó.

Ella estaba allá, en el agua, nadando alegremente. El sol, todavía bajo, le daba de lleno y parecía bañar con oro líquido su hermoso cuerpo. Llevaba un bikini... azul claro. Lentamente, Slockum salió a la terraza. Ella le vio en el acto y alzó los brazos, en jovial saludo.

—¡Señor Slockum, venga a nadar un rato!

—¡Estoy preparando el desayuno! ¡Estará listo dentro de diez minutos!

Ella rió y se zambulló. Se había recogido el cabello en una larga y graciosa cola de caballo. Joe miró playa arriba y playa abajo. No se veía a nadie. Entró en la casa, sacó del armario la pistola, le colocó el silenciador y regresó al salón, donde la ocultó, entre el respaldo y el asiento de un sillón. Vulgar, pero práctico.

Rebeca apareció en la terraza, chorreando.

—¡Olvidé llevarme el albornoz! —exclamó, riendo—. Bueno, luego limpiaré el agua del suelo... ¡Tengo hambre!

—Tiene tiempo de ducharse.

—¡Estoy en dos minutos!

Pasó junto a él, salpicando agua y belleza. Slockum miró sombríamente el espléndido cuerpo, caminando tras Rebeca, ella hacia su dormitorio, él hacia la cocina. Rebeca tenía la cintura muy esbelta, pero las caderas eran rotundas, concretas. Las nalgas, redondas, perfectas, no demasiado grandes, brincaban ante la sombría mirada del hombre de la

C. I. A.

Ella se volvió de pronto, sobresaltándole.

—Podemos desayunar en la cocina, ¿no? —propuso.

—Por mí está bien.

* * *

El primer día transcurrió apaciblemente, salvo por el hecho de que Joe Slockum se sentía más y más enamorado a cada instante, circunstancia de la que ella parecía no darse cuenta en absoluto. Era una compañía deliciosa. Ni una sola vez sugirió tan siquiera la posibilidad de salir a dar un paseo. Debía haber sido bien aleccionada al respecto, claro. Estuvo leyendo, escuchando música, vio televisión, preparó el almuerzo, durmió luego un rato, bajó de nuevo a la playa, esta vez acompañada por Slockum...

Éste prestó, la debida atención a algunas personas que vio en la playa, un poco más arriba. No parecía que hubiera motivo de preocupación alguna. En dos ocasiones, sendas lanchas se acercaron a la playa, pero tampoco fue nada que le interesara al atento agente de la

C. I. A.

Después de cenar, Rebeca dijo:

—Mañana me toca a mí preparar el desayuno.

—Como quiera.

—No lo está usted pasando bien aquí, ¿verdad?

—¿Por qué dice eso?

—Da la impresión de estar un poco enfadado... ¿Es por alguna tontería mía?

—Claro que no.

—¿Por qué está enfadado entonces?

—No estoy enfadado.

—Bueno —sonrió ella—, en ese caso podemos bebemos otra botella de champán. ¿De acuerdo?

—Como quiera. A mí no me disgusta el champán. Y menos, si es francés.

Ella se quedó mirándolo fijamente durante unos segundos.

—La vida es como es, Joe —murmuró.

—¿Qué quiere decir?

—Supongo que habrá conocido usted antes de ahora a alguna chica que tuviese un amigo con dinero, ¿no?

—Sí, desde luego.

—¿Y a todas les ponía usted mala cara? Debería ser un poco más comprensivo.

—Oiga, ¿a qué viene esto? —Gruñó Joe.

—Me gustaría que fuésemos buenos amigos.

—Mientras esté bajo mi cuidado no encontrará usted amigo más fiel, señorita Pickford.

Tan fiel, que estoy dispuesto a jugarle la vida para que no le ocurra nada desagradable.

—No me refería a eso. Me refería a la relación personal, dejando aparte su trabajo para la C. I. A.

¿Cree que soy una mala persona, una... una mala mujer?

—Oiga, estamos en el siglo Veinte, ¿sabe?

—¿Lo cree? ¿Cree que soy una mala chica?

—No tengo por qué creer nada.

—La mayoría de las personas hacen cosas inadecuadas en un momento u otro de sus vidas, ¿no lo sabía? Incluso usted puede haberlas hecho... o las hará alguna vez. Y sin duda, ha conocido a muchas personas en ese caso.

—Sí, así ha sido, en efecto.

—No debe ser rencoroso. Muchas personas lastiman a otras, pero en muchas ocasiones no hay una maldad premeditada en ello. Son cosas que pasan. Incluso, a veces, uno sale lastimado no por lo que le hayan hecho, sino por el modo en que uno mismo se lo toma. Si uno decide que los demás no pueden lastimarlo, está a salvo. Y entonces, hasta le resulta más fácil perdonar. Pero si se empeña en recordar las malas tratadas que le han hecho, vive amargado. Y

amargarse la vida uno mismo es la majadería más grande que puede cometer el ser humano.

—Usted no tiene ni idea de cómo se ha complicado la vida, señorita Pickford.

—Eso no me importa. Lo que me disgustaría sería habérsela complicado a usted. ¿Lo he hecho?

—No —mintió Slockum—. Claro que no.

—Estupendo. Vamos a celebrarlo con champán. Y prométame una cosa, Joe: no guarde rencor a nadie. A nadie. La vida tiene mil caminos, todos ellos hermosos. Y si un camino no nos gusta, todo lo que tenemos que hacer es tomar otro. Y si un amor se va, otro viene. Y si alguien nos engaña, también encontraremos a alguien que será siempre leal con nosotros... ¿No lo cree así?

—No.

—Pues lo siento por usted.

* * *

Esta conversación la recordaba Joe cuando, a la mañana siguiente, tomando el sol en la playa, esperaba que Rebeca le llamase desde la casa, a la que había ido para preparar unos bocadillos para el almuerzo. Él se había dispuesto a ir con ella, pero Rebeca le dijo que no tenía por qué seguirla a todas partes y había subido sola.

También recordaba Joe a Rebeca nadando y riendo. Gozaba de la vida de un modo tan natural que le ponía los pelos de punta. No era una mujer cualquiera, no. Y quizá... tuviese algo de razón en lo que había dicho: a fin de cuentas, el único que vivía amargado por lo que le habían hecho era él mismo. Las personas que le habían lastimado —primero, Irene, luego Mary Ann, especialmente— seguramente incluso se habían olvidado de que en el mundo existía alguien llamado Joseph Slockum. Y allá estaba él, amargado por culpa de personas que le habían olvidado tras lastimarle. ¿Realmente valía la pena?

«Quizá Rebeca tenga razón —pensó Joe—. Sí, puede que la tenga. Por el modo en que habla se diría que a ella también la han lastimado más de una vez... y ha decidido olvidarlo. Ha tomado otro camino y es feliz. ¡Y cómo sabe ser feliz...! Con una mujer

como ella, yo... Bueno...».

—¡Joe! ¡Esto ya está!

Se sentó en la arena, girando. En la terraza, Rebeca le hacía señas, todavía en bikini. Esta vez, rojo.

—¡Voy ahora mismo! —Se puso en pie Slockum.

Recogió la toalla y se dirigió hacia la escalera de madera. Rebeca había entrado de nuevo en la casa. Cuando Joe entró en el salón la vio enseguida, sentada en un sillón.

Había, además, tres hombres en el salón, estratégicamente distribuidos. Uno de ellos estaba detrás de Rebeca, apuntándole a la cabeza con la pistola del propio Slockum. Los otros dos le apuntaban a él.

La mirada de Joe fue a hallar los ojos de Rebeca.

—Me han obligado —susurró ella—. Lo siento, Joe.

—No se preocupe. Yo habría hecho lo mismo, supongo.

—Siéntese ahí —señaló un sillón uno de los hombres que le apuntaban—. Y saque usted mismo las cuentas, Slockum, si decide hacer el tonto.

Joe se sentó, mirando a Rebeca.

—¿Les ha dicho usted quién soy o ya lo sabían? —preguntó.

—Me han obligado a decírselo.

Joe asintió. Miró de repente hacia la terraza, por donde entraba otro hombre, que debía haber estado vigilándolo desde el exterior. No llevaba arma alguna en la mano, pero Joe captó el ligero bulto en su axila izquierda. Catalogó muy fácilmente a los cuatro desconocidos: gente del hampa, pero en elegante. Canallas de categoría.

El recién llegado se plantó ante Joe.

—Slockum, yo soy A, y mis compañeros son B,

C y D.

Esto sirve, ¿verdad?

—Por mí está bien —asintió Joe.

—De acuerdo. Ahora ustedes: usted es Joe Slockum, agente de la

C. I. A.

y ella es Rebeca Pickford, la amante del presidente Kellerman.
¿Correcto?

—Así parece.

—Muy bien. Llegamos cuando ustedes estaban en la playa y

encontramos una pistola. ¿Hay más armas en la casa?

—No.

—¿Eso es todo? ¿Realmente? ¿Un solo hombre con una sola pistola para proteger a la señorita Pickford?

—Eso es todo.

—Debe ser usted un tipo de agallas, ¿eh?

—Sólo soy un acompañante. Algo así como el ama de llaves.

—Muy ocurrente. Hemos estado vigilando la casa durante un par de horas y parece que no hay más agentes de la

C. I. A.

por aquí. ¿Es cierto? ¿No hay más vigilancia, más nada? —Ya le he dicho que esto es todo. ¿Cómo nos han encontrado?

—¿Espera que le conteste a eso?

—No perdía nada probando. Supongo que el grupo que está escarbando en la vida del señor Kellerman dispone de... interesantes medios de información.

—En efecto. Bueno, Slockum, lo siento por usted, pero vamos a llevarnos a la señorita Pickford.

—Si no les importa, iré con ustedes.

—Habíamos pensado matarlo —sonrió A.

—Claro. Pero yo preferiría acompañarles.

—Y yo también —saltó Rebeca—. ¡Por favor, no lo maten!

A miró de uno a otra y sonrió de nuevo.

—Está bien. Slockum, va a venir con nosotros, pero se lo advierto: al menor...

—No se moleste. Entiendo perfectamente.

—Magnífico. Pero ya veremos si es usted tan listo como parece.

Ahora, vaya a vestirse y vuelva aquí. B y C le acompañarán. Luego... acompañarán a la señorita Pickford. Finalmente, saldremos los seis de aquí del siguiente modo: yo saldré solo, en primer lugar, y me llegaré a la carretera, donde está nuestro coche; tres minutos más tarde, saldrá B y se pondrá al volante del coche de usted; acto seguido, saldrán usted, la señorita Pickford y C y D; C se sentará junto a B, preparada la pistola; D se sentará en un extremo del asiento de atrás, detrás de B; la señorita Pickford se sentará en el centro del asiento y usted en el otro extremo, bajo el cuidado de C... B conducirá hacia la carretera y me seguirá. Durante todo el trayecto, usted y la señorita Pickford se estarán quietecitos y

callados. Y de este modo, es muy posible que cuando el asunto termine tanto usted como la señorita Pickford conserven la vida. ¿Está claro?

—Sí.

—Muy bien. Pues empieza la función.

* * *

Eran casi las cuatro de la tarde cuando los dos automóviles se detenían por fin.

Desde su asiento, Slockum vio a A salir de su coche y dirigirse hacia la cabaña de troncos. Muy cerca, se distinguía el refulgir de las aguas de un lago y Joe dedujo que se encontraban cerca del llamado Salton Sea, en las estribaciones de los Montes de San Bernardino, en Imperial Valley. No había ninguna localidad cerca. En cuanto a la cabaña, debía pertenecer a alguien a quien le entusiasmaba la caza, quizá la pesca, quizá ambas.

A entró en la cabaña y salió a los pocos segundos. Hizo una señal con el brazo y B se apeó del coche de Slockum. Acto seguido lo hizo C y finalmente D.

—Bueno, salgan ya —dijo B—. Y lleven ustedes mismos sus cosas a la cabaña.

Pasó a la parte de atrás y alzó la tapa del maletero. No habían dejado en la casa de la playa ni rastro de la presencia de Joe y Rebeca allí, se lo habían llevado todo. Slockum cargó con dos maletas y Rebeca con las otras dos, mientras C, con burlón gesto galante, se dispuso a llevar el maletín de la muchacha.

Cuando entraron en la casa no había nadie más allí. Es decir, que estaban los cuatro sujetos y ellos dos.

—Aquí estaremos tranquilos —dijo A—. Aunque espero que nuestra estancia será breve. En realidad, todo depende del afán de colaboración de la señorita Pickford.

—¿Yo? ¿Qué tengo que hacer yo?

—Ya se lo explicaremos.

Joe la miró de soslayo. No parecía asustada. Claro que las apariencias engañan, y si no, valía su propio caso: no era que estuviese muerto de miedo, pero sí altamente preocupado. Y esto, sólo en lo que se refería a su propia supervivencia, pues estaba

seguro de que a Rebeca no le harían mal alguno. No. La conservarían viva y en perfectas condiciones, para utilizarla cuando les conviniera... y como les conviniera.

—¿Café? —ofreció A—. ¿*Whisky*, tal vez?

—Café, gracias —dijo Rebeca.

—Yo, *whisky* —gruñó Slockum.

Acababa de comprenderlo todo. En el reducido saloncito de la cabaña, en cuyo fondo estaba la confortable chimenea, había varias cámaras fotográficas, una de cine, dos de televisión para grabaciones de video,... Todo perfecto. Iban a convertir a Rebeca en actriz cinematográfica.

—Usted ya ha comprendido, ¿verdad, Slockum? —sonrió A.

—Creo que sí.

—Pues explíqueselo a la señorita Pickford. Así estarán los dos en entretenida charla.

—No hace falta que me expliquen nada —susurró Rebeca—: yo también he comprendido, señor A.

—¿De veras? ¡Bueno, tanto mejor! Mire, nosotros no tenemos especial empeño en perjudicarla a usted, ni a Slockum. Todo lo que queremos son unas filmaciones en las que aparezca usted contándonos su vida, especialmente en la parte que hace referencia al señor Kellerman. No creo que eso le resulte complicado, ¿verdad?

—No... No.

—Magnífico. Bueno, nos gustaría que las filmaciones para televisión y la película y las fotografías, todo, saliese muy bien, de modo que antes ensayaremos un poco. Conversaremos, puntualizaremos algunos detalles, la... orientaremos sobre algunas explicaciones. Todo eso. ¿De acuerdo?

—¿Qué pasará si me niego?

A sonrió divertidísimo.

—No diga tonterías —dijo amablemente, con tono poco menos que paternal—. Bueno, mientras B prepara el café, puede usted empezar a desnudarse.

CAPÍTULO IV

Joe miró vivamente a A, abandonando su actitud pasiva. Un relámpago de furia pasó por sus ojos.

—¿A qué viene eso? —Gruñó.

—Usted cierre el pico —dijo C, intentando empujarlo para sentarlo en un sillón.

Su mano sólo encontró el vacío y el impulso le hizo inclinarse hacia delante. Slockum asió aquella mano y tiró de ella en la dirección del impulso de C, desequilibrándolo más delante de él y de costado. Se desplazó rápidamente y propinó a C un tremendo puntapié en el trasero que dio con el hombre en tierra, de bruces.

—¡No, Joe! —exclamó Rebeca.

C se puso en pie de un salto, jadeando una maldición, relucientes de odio los ojos, esgrimiendo la pistola, mientras B y D

apuntaban ya a Joe Slockum.

—No —dijo A—. Ya que lo hemos traído aquí vivo vamos a utilizarlo a él para las fotografías. Dadle una buena lección, eso es todo. Pero sin señalarle la cara: tiene que salir muy guapo en las fotografías. Machacadle los riñones.

—No, por favor —pidió Rebeca—. Ha sido...

—Usted cálese —cortó secamente A.

C había dado un paso más hacia Slockum que, contra todo lo presumible, no retrocedió, sino que acudió a su encuentro, alzando fuertemente la pierna derecha.

El puntapié alcanzó a C en los testículos, lo hizo saltar lanzando un aullido y lo derribó de rodillas, perdiendo la pistola.

Joe se abalanzó sobre ella, se inclinó... y recibió un escalofriante pisotón en la mano, que quedó como prensada entre la pistola y el

zapato de B. Al mismo tiempo, de costado, D aplicó un ferocísimo puntapié al vientre de Slockum, que lanzó otro grito y cayó de costado... para recibir otro puntapié, ahora en el hígado, aplicado por B. C se había puesto de nuevo en pie, tambaleante, lívido. A había apartado su pistola con un pie y ahora la recogía, diciendo:

—Dadle bien fuerte: se lo ha ganado.

El pie de D iba ya hacia los genitales de Slockum, que más que ver el golpe lo presintió. Estaba demudado, llenos los ojos de lágrimas producidas por el dolor, pero reaccionó deteniendo el pie de D, lo retorció alzándolo, y D saltó, gritando, para caer de bruces, parando dificultosamente el golpe con las manos. Su nariz dio contra el suelo, de todos modos, y pareció que se reventaba un tomate.

De costado ahora en el suelo. Slockum recibió finalmente el puntapié en los genitales, aplicado por C, por suerte para el hombre de la

C. I. A.

pues C no estaba muy firme sobre sus piernas. De todos modos, el golpe hizo daño y Slockum se encogió, todavía más pálido.

El puntapié en los riñones lo enderezó, lo estiró como si fuese una varilla de acero. Tenía los ojos casi fuera de las órbitas. Pero todavía giró, alejándose, y se puso en pie. Desapareció ante él, con la cara llena de sangre, dispuesto a seguir golpeando... El puño derecho de Slockum se estrelló en aquel rostro, la nariz crujió más, y D cayó de espaldas... mientras C golpeaba con la pistola en el hombro izquierdo de Joe, que lanzó un aullido, se encogió y cayó de rodillas.

El puntapié de B en pleno plexo solar del hombre de la

C. I. A.

puso fin a la pelea. Los ojos de Slockum parecieron a punto de saltar de las órbitas, su rostro se demudó y su cuerpo cayó blandamente hacia delante.

Ya no se movió.

—Bueno —dijo A—, arreglaros un poco. Y usted, señorita Pickford, desnúdese.

—Sí... Sí, lo haré. Haré lo que ustedes quieran, pero no le peguen más, no le hagan más daño.

—A ver sí va a ser cierto que se ha enamorado de él —rió A—.

¿Es así?

—No... Pero es un hombre amable.

—No me diga —gruñó B.

Acto seguido, ayudó a C a poner en pie a D, cuyo rostro era un manchurrón de sangre. Por entre ésta, D miró con expresión criminal a Joe Slockum, pero eso fue todo. Salió del saloncito, acompañado por C.

Cuando regresaron, ambos con mejor aspecto, Rebeca Pickford ya estaba desnuda.

A y B

la miraban en silencio. C y D se detuvieron en seco y sus ojos recorrieron velozmente el espléndido cuerpo de Rebeca.

—Caray... —jadeó C.

—¿Y el café? —preguntó A.

—Estará enseguida... ¡Caray!

—Vamos a tomar mientras tanto algunas fotografías. Será mejor que utilicemos la Polaroid.

* * *

—¿Qué le parecen? ¿Le gustan?

Joe Slockum oyó la voz, procedente de alguna parte. Sacudió la cabeza y apoyó las manos en el suelo. La derecha le dolió horriblemente. La miró y la vio despellejada, enrojecida, hinchada... Junto a la mano, en el suelo, había varias fotografías. Slockum se quedó mirándolas, súbitamente despejado.

Luego, muy despacio, apartó la mirada de los bellos desnudos fotográficos de Rebeca Pickford, y buscó a ésta con la mirada. Rebeca estaba junto a él, completamente desnuda. Slockum cerró los ojos.

—Venga, Joe —murmuró la muchacha—. Siéntese.

Le ayudó a ponerse de pie y a sentarse en un sillón. Joe había abierto los ojos y miraba la garganta de Rebeca, muy cerca de él. Los pechos, magníficos como no había imaginado ni siquiera al verla en bikini, tremolaban con dura turgencia ante él. Sin darse cuenta, Slockum bajó la mirada y vio el vientre tenso y liso, y el rizado vello sexual, negro intenso.

—¿Está usted bien? —susurró.

—Sí, no se preocupe; no me han hecho nada, sólo han tomado esas fotografías. No tiene importancia.

—Debería ser usted tan sensato como la señorita Pickford, Slockum —dijo A, acercándose—. Su actitud le ha costado quedarse sin *whisky*.

—Métselo ya sabe dónde —replicó Joe.

—Me parece que me escocería mucho —rió A—. Bueno, estamos esperando que se recupere, para convertirlo en el protagonista de las siguientes fotografías: queremos que se tire a la señorita Pickford.

Joe se quedó mirando a A. Eso fue todo. A volvió a reír.

—Oh, sí que lo hará, hombre, y delante de nosotros cuatro, mientras hacemos un poco de cine y tomamos fotografías instantáneas con la Polaroid. Me sorprende que no le agrade la idea de echar un polvo con la señorita Pickford. ¿No le gusta?

—No lo haré —musitó Joe.

—Que sí, hombre. Mire, Slockum, nosotros, además de pretender una información completa de la señorita Pickford respecto a sus relaciones totales con el señor Kellerman, todo lo cual quedará filmado y grabado directamente, queremos tener el gusto personal de darle un buen disgusto a ese caballero, y usted va a ayudar nos en esta última parte...

—Es usted un puerco.

—Estoy de acuerdo con el señor Slockum —dijo Rebeca.

—Ah. ¿La hemos decepcionado? —La miró A.

—Sí. Son groseros, vulgares y de mente estrecha. Me pregunto qué clase de persona ha podido contratarles a ustedes.

—Pues la persona que nos ha contratado es el señ... ¡Hey! ¡Pero si casi me ha hecho decírselo! ¿Ha sido casualidad verbal o una argucia premeditada? ¿No será usted demasiado lista, señorita Pickford?

—Tal vez.

—Bueno, ya tendremos ocasión de comprobar eso. Volvamos con el amigo Slockum. Escuche, Slockum, nosotros queremos que el señor Kellerman, aparte de todo lo que le caerá encima cuando se divulgue la información que nos va a facilitar la señorita Pickford, se lleve un berrinche sensacional al ver que el agente de la C. I. A.

encargado de velar por su amante se ha dedicado a tirársela. Así que usted lo va a hacer. O lo hace usted, o lo haremos nosotros cuatro, uno tras otro... ¿Qué le parece la alternativa? Y no vuelva a ponerse tonto, porque esta vez lo mataríamos. ¿Está claro?

—Sí.

—Pues desnúdese. Y no se las prometa tan felices, ¿sabe? En realidad, se trata solamente de que lo simule, no que lo *haga*. Ya me entiende. Bien, señorita Pickford, ¿quiere tenderse en el sofá, por favor? Oh, y muestre una expresión... ¿cómo diría...?

—No necesito sus instrucciones en esas cosas —murmuró Rebeca.

—Claro. —A se echó a reír—. ¡Claro! Bueno, ya me ha entendido, ¿eh? Apasionada, posesiva, entusiasmada, vehemente... incluso lujuriosa, si es posible... Oh, ya está bien de charla. Colóquese en el sofá... en posición.

Rebeca Pickford se tendió en el sofá. C se acercó a A y le cuchicheó al oído. A sonrió aviesamente.

—Luego, hombre. Nosotros, luego. Primero el trabajo, la diversión al final. Vamos a ver ahora cómo actúan nuestros actores. Después vendrán las escenas verídicas entre la señorita Pickford y nosotros. A ella no le importará: es una puta profesional... aunque de altos vuelos, claro. Venga, Slockum, proceda. Tú, empieza a filmar.

D se acercó a la cámara y A preparó de nuevo la Polaroid, mientras

B y C

apuntaban con sus armas a Slockum, que caminaba lentamente hacia el sofá. Su mirada y la de Rebeca parecieron quedar imantadas un instante. Enseguida, ambos la desviaron. Rebeca separó los muslos.

* * *

—Si la película sale la mitad de bien que las fotografías el señor Kellerman se va a morir de un infarto por rabia celosa —dijo muy sonriente A, contemplándolas—. ¿Quiere echarles un vistazo, Slockum?

Éste ni siquiera contestó. El y Rebeca estaban de nuevo sentados

en sendos sillones. A Slockum le habían permitido vestirse, pero Rebeca permanecía desnuda, pues A había decidido filmar así en todo momento. B,

C y D

contemplaban en silencio y cada vez más ávidamente a Rebeca.

—Bien —dijo A, guardándose las fotografías—, vamos a poner las cosas en claro, señorita Pickford. En todo momento tendrá que dar usted la impresión de que hace estas declaraciones voluntariamente, y terminaremos con unas asustadas palabras suyas que dejarán bien claro por qué las habrá hecho.

—¿Por qué las habré hecho?

—Porque ahora que el señor Kellerman ha sido elegido Presidente de los Estados Unidos usted teme que haya tomado la decisión de quitarla de en medio. Así que, antes de que esto suceda, usted ha pensado decir toda la verdad de sus relaciones sexuales, de modo que ya sería absurdo matarla. Y porque estas declaraciones le habrán valido a usted un buen dinero con el que podrá escapar y esconderse lejos de aquí. ¿Lo ha entendido?

—Desde luego.

—Muy bien. Y otra cosa: contestará igualmente a las preguntas que le haré sobre intimidades políticas del señor Kellerman, especificando que todas esas confidencias se las ha hecho él a usted en la cama. Cosas sobre sus proyectos, sus martingalas para las elecciones, sus acuerdos privados con la Banca, las multinacionales...

—Usted está loco si cree que él me ha hecho alguna vez esa clase de confidencias.

—¿No? ¿Qué confidencias le ha hecho? ¡Y no me diga que ninguna, por favor!

—Bueno, sí me ha contado algo... Pequeñas cosas.

—Pues relatará usted esas pequeñas cosas. Y otras que yo le indicaré.

—¿Quiere decir que debo mentir?

—En el momento en que a mí me convenga y como a mí me convenga, en efecto. Quizá sea cierto que usted desconoce algunas cosas del señor Kellerman, pero yo las sé, pues el señ... bueno, me las han contado, precisamente con este fin. Yo le diré lo que tiene que decir, y usted lo dirá, no importa cuán sucio o increíble le

parezcan a usted los temas o asuntos.

—Esto es abominable —murmuró la muchacha—. Es repugnante que diga la verdad, pero si encima tengo que mentir...

—No sólo mentirá, sino que cuando llegue el momento en que, posiblemente, tenga que repetir todo esto delante de otras personas, lo hará. Entienda bien esto: mientras sea dócil, vivirá. En el momento en que usted pretenda estropear nuestro trabajo, será degollada. ¿Queda alguna duda por aclarar?

—No.

—De acuerdo. Vamos a empezar, entonces... ¿Todo preparado, muchachos?

—Cuando quieras —sonrió B, tras la cámara ahora.

—Espléndido. Señorita Pickford, vamos a empezar por explicar al público las... tendencias sexuales del señor Kellerman. ¿Qué clase de juegos sexuales prefiere el señor Presidente?

Rebeca Pickford miró de reojo a Joe Slockum, que permanecía con la mirada fija en el suelo, palidísimo.

—¿Qué le pasa? —se sorprendió A—. ¿Le molesta la presencia del señor Slockum?

—Preferiría... que él no escuchase... todo esto.

—Vamos, vamos... El señor Slockum es un adulto, no va a escandalizarse. ¿Verdad. Slockum? Además, usted y él *casi* han hecho el amor. ¡No sea tímida, señorita Pickford!

—Pero es que yo preferiría...

—Veo que no entiende. Usted no está en condiciones de preferir nada, sólo de obedecer. Queremos que diga cuáles son los gustos, aficiones, caprichos y posibilidades sexuales de su amigo, de modo que vamos a dejarnos ya de tonterías. Repetiré la pregunta: ¿qué clase de juegos sexuales prefiere el señor Presidente?

—Bueno, de... de un modo especial él... a él le gusta mucho que... que...

* * *

—Descansaremos por hoy —dijo A, mirando su reloj de pulsera—. Sus tartamudeos e indecisiones nos han obligado a trabajar mucho y no siempre con buenos resultados. De todos modos, habrá que esperar a ver cómo han quedado las filmaciones. ¿Tiene usted

apetito, señorita Pickford?

—No.

Joe la miró apenas, y de reojo. Bueno, no tenía que sorprenderse de que ella no tuviese apetito, después de todo aquello. El agente de la

C. I. A.

se había serenado ya, pero había habido momentos en que las náuseas fueron insoportables. En varias ocasiones había conseguido aislarse, como si fuera posible cerrar los oídos... pero había sido peor, porque entonces, con el recuerdo de las palabras escuchadas de labios de Rebeca, se habían mezclado los recuerdos de los momentos en que él y ella habían simulado hacerlo. Y entonces, Joe Slockum había tenido la sensación de que todavía notaba en su carne la carne de Rebeca Pickford, y en sus labios los labios de ella, en aquellos besos a que los habían obligado. ¿No habría sido mejor terminar de una vez, hacerse matar por aquellos cerdos y que la matasen también a ella?

Pero, más que la humillación, más que cualquier otra cosa, en el ánimo de Joe Slockum estaba el amor que sentía pese a todo por Rebeca Pickford. Sólo de pensar que podían matarla sentía que algo se desgarraba dentro de él, con la misma ferocidad que cuando escuchaba sus palabras explicando lo que hacían ella y él. Todo era tan horrible que Slockum había acabado por creer que ya estaba insensibilizado, que ya nada tenía importancia.

Pero la tenía.

La tenía y mucha, porque después de aquello, él estaba dispuesto a aprovechar la más pequeña oportunidad para matar a aquellos cerdos. Dentro de Slockum rugía ahora un volcán de odio que había devorado su talante habitualmente sereno, incluso frío...

—No —estaba diciendo A—, nada de detenerte a cenar por ahí. Saldrás de aquí después de cenar. Sería estúpido que cometiésemos algún error. Nada de detenerte, nada de hablar con nadie. Saldrás directo hacia Los Angeles. Y, Tillman, conduce con cuidado. Todavía sería más estúpido que tuvieras un accidente.

B asintió y dijo:

—Prepararé algo para cenar mientras ellos acondicionan el material para llevarlo al laboratorio.

—De acuerdo. Oh, señorita Pickford, puede vestirse ya, si lo

desea. Hasta mañana no seguiremos con esto.

Rebeca se vistió, en silencio, mirando de cuando en cuando a Slockum.

C y D

estaban empaquetando los rollos de película con sus estuches. B regresó de la cocina masticando, vio que todo estaba ya preparado para ser llevado a Los Angeles, y dijo:

—He cenado mientras lo preparaba. ¿Vais a cenar ahora, o ya lo haréis más tarde?

—Tranquilo. Si tú ya estás, márchate.

—Sí. —B terminó de tragar, miró a Rebeca, sonrió y miró acto seguido a A—. Oye, no vayáis a divertirlos con ella sin mí, ¿eh?

—Tranquilo, te digo —sonrió A.

B asintió, cargó con todo el material, miró socarronamente a Rebeca, y de pronto, miró a Slockum.

—También contigo nos vamos a divertir, muchacho. Bueno, hasta mañana.

CAPÍTULO V

B salió de la cabaña y fue hacia el coche, que relucía a la luz de la luna en la parte del techo y reflejaba en un lado la luz que se veía en la ventana del saloncito. Dejó el material en el suelo, alzó la tapa del maletero, se inclinó... y entonces vio los pies que aparecieron ante él, por un lado del coche.

Se quedó inmóvil, sintiendo un súbito frío en la nuca.

La voz masculina, fría y tajante, dijo:

—Extienda las manos hacia adelante y yérgase. Despacio.

B se pasó la lengua por los labios. En una fracción de segundo mil ideas cruzaron por su mente, y las mil fueron desechadas en esa misma fracción de segundo. Lentamente, se irguió, extendiendo los brazos hacia delante, como si se dispusiera a saltar desde un trampolín. Se felicitó de no haber intentado nada, porque tras él oyó el suave crujir de la tierra, y percibió la presencia de otro hombre. El que tenía enfrente le estaba apuntando con una pistola, naturalmente, provista de silenciador.

Todavía apareció otro hombre más, caminando hacia él con las manos en los bolsillos. Era muy tranquilo, evidentemente. Se plantó ante B, miró hacia la casa y de nuevo a B.

—¿Había alguien más en la casa o sólo sois cuatro? —preguntó.

—Sólo cuatro —susurró B.

—¿La habéis estado interrogando? ¿Tomando películas, todo eso?

—Sí... Sí.

—¿Son éstas? —señaló con un pie el hombre.

—Sí.

El desconocido dirigió la mirada hacia detrás de B. Éste se encogió instintivamente, presintiendo lo que iba a suceder. Y

sucedió. El golpe con la pistola le alcanzó en lo alto de la cabeza, fuertemente. B tuvo la brevísima sensación de que en su cráneo acababa de estallar una bomba, y eso fue todo. Cayó fulminado, con la cabeza rota, medio cuerpo dentro del maletero. El hombre que había aparecido en primer lugar acabó de meter a B dentro del maletero, metió luego los paquetes y lo cerró, suavemente.

El último en llegar se dirigió tranquilamente hacia la puerta de la cabaña y los otros dos le siguieron. Probó el pomo, que cedió, pues no había sido echada la llave. Abrió la puerta tras sacar su pistola y entró rápidamente, seguido por los otros dos.

Tan rápidamente apareció el trío en el saloncito que la sorpresa resultó en verdad paralizante. La primera en reaccionar fue Rebeca Pickford, que frunció el ceño y pareció dispuesta a decir algo...

—Cállese —dijo el director del trío—. Y levanten las manos todos. Todos.

Rebeca se quedó mirando desconcertada al hombre. Miró a los otros dos, de nuevo al primero... Joe Slockum también miraba a los tres hombres, no sólo desconcertado tanto o más que Rebeca, sino sobresaltado. ¿Qué pintaban los rusos en aquello? Porque el hombre que había hablado lo había hecho en inglés, desde luego, pero con un levísimo acento que él conocía a la perfección. Era ruso... ¡Vaya si era ruso!

Fue el primero en alzar los brazos. Rebeca le siguió en el acto.

Los demás no fueron tan prudentes.

C lanzó una exclamación de rabia, metió la mano en busca de la pistola y la sacó...

Plop, disparó el ruso.

La bala alcanzó a C en la frente, se la reventó horriblemente y lo derribó como un guiñapo frente a la chimenea, con los ojos fuera de las órbitas. El que estaba a la derecha del ruso disparó también, con la misma velocidad y puntería que el otro, y D. que había imitado a C casi simultáneamente, recibió la bala en el centro del pecho, saltó hacia atrás, cayó en el sofá, rebotó para caer de bruces, se puso de rodillas pálido como un muerto...

Plop, disparó de nuevo el mismo intruso.

Esta vez el balazo acertó en pleno corazón a D, que rebotó sobre sus flexionadas piernas y cayó hacia adelante, como si éstas fueran de goma, soltando un chorro de sangre por la boca. Quedó de

bruces, torcidos los ojos, como queriendo ver el charco de sangre que se formó en el suelo ante su boca abierta, desencajada.

A no se había movido ni un milímetro, salvo para alzar los brazos. Estaba más pálido que sus compañeros muertos.

—Maldita sea —masculló Joe—: ¿por qué habéis tardado tanto en intervenir?

El ruso le miró vivamente. Luego, encogió los hombros. Sus dos compañeros cayeron en la trampa igual que él: quedaron convencidos de que el agente de la

C. I. A.

los tomaba por compañeros del Servicio Secreto americano. El juego fue de pillo a pillo. Y la primera jugada la ganó Joe Slockum, convenciendo a los tres rusos de que los consideraba compañeros de la

C. I. A.

Y por si Slockum había tenido todavía alguna duda respecto a la inteligencia y rapidez mental de Rebeca Pickford, ésta lo sacó de tales dudas, reaccionando admirablemente. Se relajó de pronto en el sillón y se llevó las manos al rostro, gimiendo:

—¡Ha sido horrible, no han debido permitir que me hicieran todo eso...!

Joe se acercó rápidamente a ella y le puso una mano en el hombro.

—Cálmese, señorita Pickford. Todo está bien ahora. Si mis compañeros han esperado habrá sido por buenos motivos... Vamos, ya ha terminado todo, no llore, por favor... Muchachos, ahí hay *whisky*: servidle un trago a la señorita Pickford.

Los tres rusos estaban encantados. Tenían dominada la situación, desde luego, sólo con las armas, pero si el agente de la

C. I. A.

los tomaba por compañeros, las cosas todavía serían mucho más fáciles. Así que uno de los rusos sirvió un poco de *whisky* y lo entregó amablemente a Rebeca.

—Beba, señorita. El teniente tiene razón. Le sentará bien.

—¡No quiero beber! Estoy asustada... pero no quiero beber. ¡No podría tragar! ¡Ustedes no han debido permitir que estos hombres nos hicieran todo esto al señor Slockum y a mí...!

Joe Slockum estaba entre maravillado e incrédulo. Bueno, no

había que exagerar respecto a la inteligencia y capacidad de reacción de Rebeca: simplemente, era verdad que ella creía que aquellos tres hombres eran de la

C. I. A.

No podía ser de otro modo... a menos que fuese una comedianta magistral.

—Dejádmela a mí —dijo—. Yo la tranquilizaré. Supongo que habéis cazado al que se iba con las películas.

—Sí. Está con la cabeza rota dentro del coche. —Ocuparos de ése. No, esperad...

Slockum se acercó a él, le quitó la pistola y la tiró a las manos de uno de sus «compañeros», que la cogió al vuelo. Luego, el auténtico agente de la

C. I. A.

recuperó su propia pistola, la guardó en un bolsillo del pantalón y miró perversamente a A.

—¿Y ahora qué, chico guapo? —inquirió.

A tragó saliva... y se atragantó con ella cuando la rodilla de Slockum se incrustó salvajemente entre sus ingles. Como ahogándose, A cayó de rodillas... y recibió en plena boca el puntapié de Slockum, que lo tiró de espaldas. Otro puntapié en pleno estómago revolcó a A, ya desvanecido... y, al parecer, Slockum habría seguido con el si uno de sus «compañeros» no le hubiese sujetado por un brazo.

—Ya está bien. Slockum. Lo vas a matar y entonces no podremos hacerle preguntas.

—La puta que lo parió —jadeó Slockum, relucientes los ojos—. ¡Tendría que patearlo, como han hecho ellos conmigo!

—Bueno, cálmate, hombre —dijo el ruso dirigente del trío—. Barnes tiene razón: si lo matas, no tendremos a quién hacerle preguntas, porque el de afuera quizá esté muerto en estos momentos. Anda, ocúpate de la señorita Pickford, tal como has dicho. Y tómate tú ese trago de *whisky* ¡Te hace falta!

Slockum miró a Rebeca, la vio ya más serena y fue en busca de la botella, de la que bebió un trago directamente, mientras los rusos cambiaban una rápida mirada entre ellos, que expresó su mutuo mensaje de alerta sobre Slockum, pues éste estaba armado ahora.

Un ruso arrastró a A y lo sentó en un sillón, manejándolo

fácilmente con su impresionante musculatura. De repente, le aplicó dos bofetones escalofrantes, que hizo saltar en el sillón a A, respingando.

—Tranquilo, amigo, tranquilo —sonrió el ruso—. No pasa nada nuevo. ¿Comprende su situación?

A se quedó mirándolo con expresión sobresaltada. Miró luego a Slockum, que lo contemplaba siniestramente, y pareció deshincharse, hundirse en el sillón.

—Sí que la comprende —dijo otro ruso—. Pero creo que antes de nada debemos escuchar a Slockum. Luego ya veremos cuánto interés nos merece este sujeto.

—¿Qué pasó, Slockum?

—Lo que no habría pasado si hubierais intervenido antes, malditos seáis —masculló Joe—. ¿Qué demonios estabais esperando? Nos seguisteis desde la casa de la playa, ¿no?

—Claro.

—No me gusta que me tomen el pelo —gruñó Slockum—. Se me dijo que estaría solo en esto, y ahora aparecéis vosotros. Maldita sea, si hubiera sabido que estaba respaldado habría hecho las cosas de otro modo.

—Bueno, ya sabes cómo son estas cosas, hombre. Lo cierto es que estamos aquí y que os hemos sacado del apuro. Si no hemos intervenido antes es porque temíamos que os mataran a la señorita Pickford y a ti. Así que hemos esperado el momento oportuno para atacar... y para darle tiempo a estos sujetos de que se definieran. ¿Lo hemos hecho bien o no?

—Sí —masculló Slockum, casi sonriendo—. Está bien, lo siento. Perdonad. Pero me han dado una paliza de muerte.

—Ya será menos —rió otro de los rusos—. Bueno, ¿qué ha pasado aquí dentro?

—Ya os lo podéis imaginar, si estáis en el asunto. Estos cerdos han filmado y grabado todo lo que han obligado a decir a la señorita Pickford sobre sus relaciones sexuales con el Presidente. No quisiera estar en el pellejo del señor Kellerman si esas películas se proyectasen públicamente.

Los tres rusos lo miraban ahora en silencio. Y pese a que Slockum aparentaba despreocupación y no fijarse demasiado en ellos, se dio cuenta de la impresión que sus palabras causaban en

los rusos, de su codicia ante la información que les había caído en las manos. Pero... ¿de dónde habían salido aquellos rusos?

—Las películas están en el coche —dijo rápidamente el ruso director—, no hay cuidado.

—Habría sido espantoso. Bueno, estos tipos están trabajando para alguien cuyo nombre han estado a punto de decir, pero se han dado cuenta de su desliz. Ahora nos dirán ese nombre... ¿no es cierto, amigo A?

Se acercó a A. con la botella de *whisky* en una mano, y la otra, la derecha, despellejada e hinchada sostenida en alto como si fuese la cosa más delicada del mundo. Colocó esta mano ante los ojos de A.

—Dentro de unos días, mi mano estará bien —gruñó—, pero tú estarás pudriéndote en el fondo de ese lago, cerdo hijoputa. Ahora sólo tienes que elegir entre contestar a las buenas y morir dulcemente, o esperar a que te arranque los cojones. ¿Qué te parece?

—Wilkington —jadeó A—. Townsend Wilkington es la persona que nos contrató.

—¿Y dónde está el señor Wilkington?

—En Los Angeles... en su casa, supongo.

—Habrá que ir a felicitarle el año nuevo. ¿Qué clase de sujeto es Wilkington, a qué se dedica?

—No lo sé. Bueno, sé que es muy rico, que tiene amigos muy influyentes... No sé nada más.

—¿Quieres que te rompa la botella en la cabeza?

—¡No sé nada más!

—Pues entonces, yo sé más que tú, ahora. El señor Wilkington, sirviendo los intereses de esos amigos suyos tan influyentes, ha descendido a contratar ratas como vosotros para conseguir todo el programa de cine del que habéis estado disfrutando, y con el que se pretendía hacerle en grande la puñeta al señor Kellerman. Pero una cosa así no se hace porque sí, sino buscando algo mucho más importante que sacarle los colores a un anciano. ¿Por qué todo esto? ¿Quiénes están detrás de Wilkington y qué pretenden?

—¡Le juro que no sé nada de eso! —se desesperó A.

—¿Tampoco sabes de dónde o de quién consiguió el señor Wilkington la información de que la señorita Pickford es la amante del señor Kellerman?

—¡No!

—¿Ni sabes quién es la persona que informó al señor Wilkington del lugar donde podríais encontrar a la señorita Pickford?

—¡No, no, no! ¡No lo sé, sólo sé que el señor Wilkington me dijo dónde estaba la señorita Pickford, y me dijo lo que teníamos que hacer con ella! ¡Sólo eso!

—Sin embargo, es evidente que alguien, posiblemente cercano al señor Kellerman, o quizá introducido en la propia

C. I. A.

pasó la información al señor Wilkington, ¿no?

—Sí... Claro, supongo que sí... ¡Pero no sé quién es, no sé nada de eso, sólo sé lo que me dijo el señor Wilkington!

—No grites, rata de mierda —masculló Slockum—: Aquí no hay nadie sordo.

—¡Le juro que no sé nada de eso! —Casi sollozó A.

—Yo me inclino a creerlo —dijo uno de los rusos—. Vamos a dejarlo tranquilo de momento, Slockum, si te parece. De quien habría que ocuparse ahora es de ese señor Wilkington.

—Sí —admitió Joe—, es cierto. Bueno, él debe estar muy tranquilo ahora en su casa de Los Angeles, así que no tenemos una prisa especial. ¿Habéis cenado?

—Claro que no.

—Bueno, pues voy a tener el gusto de invitaros, compañeros. —Slockum sonrió como un lobo feroz—, pagando el amigo A y su pagano el señor Wilkington.

¿No sabéis que nos han dejado preparada la cena en la cocina?

—¡Hombre, qué amables! —rió uno de los «compañeros».

—Sí. Escucha, se me está ocurriendo que debemos tomarnos las cosas con, calma... ¿Estáis vosotros en contacto con más compañeros?

—Podemos llamar desde el coche —murmuró el jefe ruso, con cierta expectación.

Mentía, por supuesto, pero Slockum siguió con su propio juego. Simuló reflexionar unos segundos y por fin encogió los hombros.

—No vale la pena llamar a nadie, de momento. Pero sí tendríamos que traer a la cabaña al tipo que habéis metido en el coche. Si se recupera y sale del maletero puede darnos un disgusto. Ve tú mismo a traerlo —miró a uno de sus «compañeros». Y tú,

Barnes, ven a la cocina conmigo, a buscar la cena. Espero que haya cerveza, al menos, señorita Pickford. No creo que aquí tengan champán francés para usted.

—No importa, señor Slockum —susurró Rebeca—. Ya sabe que lo que usted decide me parece bien. ¿Quiere que yo le ayude en la cocina?

Slockum sintió un escalofrío. ¿Realmente ella se es taba percatando de lo que sucedía en aquellos monten tos a su alrededor, del juego que estaban jugando?

—No, no. Barnes me ayudará. Usted descanse. Oye, Barnes —le guiñó simpáticamente un ojo—: ¿a qué estás encantado de servir a la señorita Pickford?

—Claro que sí —sonrió Barnes—. No faltaba más.

—Pues vamos a la cocina. Y tú trae al tipo del coche. Mientras cenamos discutiremos la próxima jugada.

Uno de los rusos se dirigió hacia la puerta de la cabaña. El otro, el que habían llamado Barnes, se fue en pos de Slockum hacia la cocina. Entraron en ésta y Slockum señaló las dos bandejas con bocadillos que había sobre un mármol, mientras decía:

—Carga tú con eso, yo voy a ver si hay algo aceptable para beber en el frigorífico.

—Okay.

El agente de la

C. I. A.

se colocó ante el frigorífico. El falso agente de la

C. I. A.

le dio la espalda y cada mano se dirigió hacia una bandeja. Fue entonces cuando notó en la nuca el frío contacto de la boca de la pistola de Joe Slockum y oyó la voz de éste, susurrante:

—Sólo con que eleves la voz, te levanto la tapa de los sesos, «compañero». ¿Está claro?

El ruso se había enderezado, súbitamente crispado. Su voz apenas se oyó:

—Sí.

—Deja esas bandejas y camina hacia el fondo de la cocina con las manos sobre la cabeza.

El otro se volvió, colocando las manos sobre la cabeza, y comenzó a caminar. Joe Slockum no le concedió beligerancia ni

oportunidad alguna: le golpeó en la nuca con la pistola, y el ruso perdió instantáneamente el conocimiento, emitiendo un gemido ahogado. Comenzó a caer hacia adelante, pero el agente de la C. I. A.

lo asió por la ropa con la hinchada mano derecha, sujetándolo; guardó la pistola, sujetó mejor al ruso, y lo depositó cuidadosamente en el suelo.

Cuando se irguió, aguzó el oído. Si el ruso que había quedado en el saloncito había oído algo, su reacción se tenía que producir, en cuyo caso él oiría a su vez algo...

No oía nada, absolutamente nada.

Empuñando la pistola de nuevo con la mano izquierda, Joe Slockum salió de la cocina sigilosamente. Había un corto pasillo frente a él, al final del cual se veía la puerta de la cabaña. A la derecha, la puerta del saloncito. Slockum caminó hacia éste, sin hacer ruido, y se asomó con todas las precauciones propias del caso, dispuesto a sorprender al ruso o, en todo caso, a no dejarse sorprender él...

Todo estaba bien allí dentro.

Solucionado.

Lo primero que vio fue al ruso, tendido de bruces cerca de la chimenea, con sangre en la cabeza. Junto a él apareció de pronto Rebeca, sosteniendo en su mano derecha el atizador del fuego de la chimenea.

—Me pareció que se trataba de esto —susurró la señorita Pickford.

Joe Slockum sintió un estremecimiento fortísimo de pies a cabeza.

—¿Está loca? —jadeó—. ¡Yo me habría encargado de él!

—Oh, fue fácil engañarlo. Lo confié... ¡Espero no haberlo matado!

—No se habría perdido gran cosa —masculló Joe—. Estos tres sujetos son rusos. ¿Se había dado usted cuenta?

—Claro que no —se sorprendió Rebeca—, pero comprendí muy bien que usted no era en verdad amigo de ellos, sobre todo cuando decidió lo de la cocina. Me pareció...

—Está bien, está bien. Menos charla. El otro puede entrar de un momento a otro. Colóquese en aquel rincón. O mejor, salga de aquí

y escóndase en...

—¿No sería mejor que echase un vistazo por la ventana, a ver qué está haciendo?

Joe la miró hoscamente, masculló algo y se dirigió a la ventana. Ni siquiera había dado dos pasos cuando, tras los cristales, apareció de pronto, confuso, el rostro de un hombre, como un ente fantasmal. Slockum captó la crispación de aquel rostro y, sin más, alzó la pistola y disparó.

La ventana reventó con cristalino arpegio, provocando una lluvia de cristales.

Al otro lado, el rostro desapareció. Joe corrió hacia la puerta exclamando:

—¡Protéjase detrás del sofá...!

Llegó a la puerta, la abrió y se lanzó al exterior, rodando por el suelo y girando hacia la parte de la fachada donde estaba la ventana, listo para disparar de nuevo... Pero no había nadie ante la ventana. Es decir, no había nadie de pie. En el suelo había dos hombres, uno de ellos como retorcido, el otro extendido, cara al cielo, con los brazos y las piernas muy separados del cuerpo, formando una «X».

Sintiendo dolores en todo el cuerpo, Slockum se colocó de rodillas, luego de pie, y finalmente cojeando se acercó a los dos hombres. El que formaba una «X» era el ruso. Tenía el rostro bañado en sangre y algunos fragmentos de cristal clavados en la cara.

—¡Maldita sea! —farfulló el hombre de la

C. I. A.

CAPÍTULO VI

El primer ensarmentó siguiente en la mente de Slockum fue que, al menos, Rebeca ya no corría peligro alguno. Y. de pronto, recordó a A y respingó. Al instante siguiente tuvo una imagen de A desmadejado en su sillón, como dormido.

Pero, de todos modos, lanzó una exclamación y regresó a toda prisa al interior de la cabaña. Tropezó con Rebeca en la puerta.

—Le ayudaré a entrarlos a los dos —dijo ella.

—¿Qué ha pasado con A? —exclamó Slockum.

—Oh, bueno, le... le di un golpe...

—¿Cómo que le dio un golpe? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Después de golpear al ruso. A se puso en pie, pero yo le apunté con la pistola del ruso, le dije que volviera a sentarse y que no se moviera. Entonces, me acerqué por detrás... y le golpeé con la pistola en la cabeza. Se quedó dormido.

—Se quedó dormido... —masculló Joe.

—¡Espero no haberlo matado!

Durante unos segundos, Slockum estuvo observando fijamente a la señorita Pickford. Por fin, movió la cabeza con un gesto de resignada sorpresa y gruñó:

—Tenemos mucho que hacer. Vea si encuentra cuerdas por alguna parte, o algo parecido.

Diez minutos más tarde, todos los personajes que hasta entonces habían intervenido en el asunto estaban dentro de la cabaña. El ruso de la cara ensangrentada, muerto, fue colocado con los cadáveres de C y D en un rincón. Junto a ellos, colocaron a B, cuya rota cabeza presagiaba una cercana muerte y, por supuesto, aunque llegara a sobrevivir, tardaría mucho en poder inquietar a nadie. El ruso director del terceto estaba mejor, pero no mucho. De todos

modos, como su compañero, el falso Barnes, fue sólidamente atado de pies y manos. El que en definitiva parecía haber salido mejor parado era A, que se había recuperado, pero, atado al sillón, todo lo que podía hacer era contemplar con expresión apagada los movimientos de Rebeca y Joe.

Finalmente, éste se dejó caer en un sillón y masculló:

—Estoy hecho trizas.

—Es usted muy valiente, Joe —murmuró Rebeca.

Slockum la contempló con irritación.

—¿Sí? ¿Y qué me dice de usted?

—Oh, yo sólo he hecho lo que he podido para ayudarle. ¿Qué vamos a hacer ahora? —Buena pregunta— gruñó Slockum. —¡Buena pregunta! Tal como se me dijo, me dejaron sólo con usted, en efecto, así que en estos momentos estoy por completo desconectado de la

C. I. A.

con la cual, por otra parte, se me prohibió expresamente comunicarme en modo alguno.

—Bueno, pero en estas circunstancias... ¡No creo que sus jefes esperasen que sucediera algo como esto!

—Supongo que no. Bueno, desde luego puedo tomar iniciativas en caso necesario, naturalmente. Todo lo que tengo que hacer es conseguir un teléfono. Pero no me hace gracia dejarla a usted aquí, ésa es la verdad.

—Pues me voy con usted.

—Tampoco me hace gracia dejar solos a éstos. Y no me parece prudente que sea usted quien se aleje con uno de los coches para llamar a cierto número...

—Estos hombres están muy bien atados, ¿no?

—Claro. No se soltarían ni en un año.

—Pues podemos marcharnos los dos, usted llama a la

C. I. A.

diciéndoles lo que ha pasado y pidiéndoles que envíen a alguien aquí para que se encarguen de todo esto, y ya está.

—No está mal pensado —admitió Slockum—. Luego volvemos aquí a esperarlos, les explicamos...

—¿Cree que es prudente?

—¿A qué se refiere? —Se pasmó Slockum.

—Si usted explica todo lo que ha sucedido las cosas podrían complicarse todavía más. Lo mejor sería pedir que vinieran a hacerse cargo de estos hombres, pero sin decirles nada de todo lo que usted sabe ahora. Simplemente, que los pongan a buen recaudo y que esperen nuevas noticias de usted.

—¿Y nos volvemos al chalé de la playa?

—No me parecería en absoluto prudente.

—Por supuesto que no. Pero a algún sitio tendríamos que ir.

—Podríamos ir a Los Angeles.

Joseph Archibald Slockum se quedó mirando cada vez con mayor atención y expectación a Rebeca Pickford.

De pronto, sonrió como divertido.

—¿Y meterle mano a Townsend Wilkington? —sugirió.

—Bueno... No sé...

—¿No sabe? A mí me parece que sí *sabe* usted, señorita Pickford, aunque es tan sumamente... discreta que ha preferido que sea yo el que exponga la idea por mí mismo.

—¿Qué idea?

—Déjeme ver si soy capaz de adivinar lo que usted ha pensado sobre este asunto... Nos vamos los dos de aquí, yo llamo a la C. I. A.

por teléfono y les digo que vengan a hacerse cargo de estos tipos, muertos y vivos. Y cuelgo. No digo nada más. Y me voy en busca del señor Wilkington, yo solito. ¿Por qué? Pues porque si yo dijera lo del señor Wilkington, y en la

C. I. A.

hubiera en efecto algún traidor, podrían avisar al señor Wilkington de que ha sido descubierto en sus maquinaciones y que ha contratado a cuatro hombres para que la secuestrasen a usted, por orden de un grupo de personas influyentes que a su vez es más que posible que sean personas muy cercanas al señor Kellerman, al que están engañando y traicionando. Si esto fuese así, el señor Wilkington, en cuanto fuese avisado, se apresuraría a desaparecer de escena... o bien, si ciertas personas juzgaban que el señor Wilkington además de saber demasiado se había convertido en un peligro para ellos, es muy posible que decidieran eliminarlo. En ambos casos, la pista que se ha conseguido sobre cierto grupo que está escarbando en la vida del señor Presidente, se esfumaría como

el humo... ¿No es eso lo que usted ha pensado?

La señorita Pickford parecía entre atónita y asustada.

—Cielos —murmuró por fin—. ¡Yo no tengo esa mentalidad tan maquiavélica, Joe!

—¿No era nada de esto lo que usted había pensado?

—No, no. ¡Pero ahora que usted lo dice...!

—Ya. Ya, ya, ahora que yo lo digo... Parece que *mi* idea no es mala, ¿verdad?

—Yo diría que no. Claro que... seguramente no será fácil llegar hasta el señor Wilkington. Además, Los Angeles es muy grande, no será fácil encontrarlo...

—¿Ni siquiera echando un vistazo al listín telefónico, donde sin duda consta la dirección del señor Wilkington?

—¡Oh, qué buena idea!

—Sí, ¿verdad?

—¡A mí me lo parece!

—Sí, soy el hombre de las buenas ideas. En realidad, es tan evidente todo que si no hubiera estado tan maltrecho y preocupado se me habría ocurrido incluso antes que a usted. Pero usted... Bueno, usted me preocupa mucho, señorita Pickford. Mi misión básica consiste en cuidar de usted, no olvidemos eso. ¿Y qué haría con usted mientras iba en busca del maldito Wilkington?

—No tenemos por qué separarnos. Si me pongo la peluca rubia y unos lentes de cristales oscuros nadie podrá reconocerme, así que podría acompañarle. Preferiría eso a quedarme sola en algún sitio... ¡A su lado me siento más segura!

Una vez más, Joe Slockum se quedó mirando fijamente a Rebeca Pickford. Una chica muy inteligente. Su jefe ya se lo había advertido, desde luego.

Pero todavía quedaban los rusos. ¿Quién les había dado vela en aquel entierro? Estaba claro que los rusos habían estado vigilando el chalé de la playa. ¿Por qué? ¿Qué sabían? ¿Quién les había puesto tras la pista de Rebeca Pickford? Alguien lo había hecho, esto era indudable. Alguien dentro de la

C. I. A.,

no podía ser de otro modo. ¿Cómo, si no, habían de enterarse los rusos tan siquiera de la existencia de Rebeca Pickford?

La acumulación de traidores a diversos niveles puso frío en la

nuca de Joe Slockum. Realmente, en estas circunstancias sería muy peligroso pasar informaciones a la
C. I. A.

—Muy bien —murmuró por fin—: larguémonos de aquí.

—Pero podríamos llevarnos algo de cena, ¿no?

—Creí que no tenía usted apetito.

—Oh, ahora ya sí —sonrió la señorita Pickford—. ¡Ahora sí tengo apetito, Joe! Voy a la cocina a buscar lo que prepararon, mientras usted les quita sus cosas a los rusos y a los otros. Quizá lleven encima algo interesante que pueda serle útil.

Joe gruñó algo, se puso en pie, se dedicó a recoger todo lo que había en los bolsillos de los siete hombres, y lo fue dejando sobre la mesita de centro. Armas, cigarrillos, llaves, documentos, pañuelos, encendedores, dinero... Nada especialmente interesante. Por supuesto, los rusos llevaban documentaciones norteamericanas, pero Joe no les concedió atención alguna. Prefirió dedicarse a las de A, B,

C y D,

que sí eran documentaciones auténticas, aunque de ellas no obtuvo más información relativamente interesante que los nombres. Respectivamente se llamaban Jules Amberson, Mark Tillman, Dean Blake y John Murray.

Rebeca esperaba ya, con un paquete lleno de bocadillos, pero Joe dedicó un par de minutos más a los rusos. El que había golpeado él en la cocina había recuperado el conocimiento, y lo miraba hoscamente, igual que A, es decir, Jules Amberson. El otro, el que había sido golpeado por Rebeca con el atizador del fuego, seguía inconsciente, y, como B, rota la cabeza, tenía la vida pendiente de una rápida atención médica.

Joe dedicó por fin toda su atención al ruso que le miraba.

—¿De dónde sacaron ustedes la información sobre la señorita Pickford? —preguntó sosegadamente el espía americano.

—Está usted loco si cree que nos dijeron eso —masculló el ruso.

—¿Qué les dijeron, entonces?

—Nuestras órdenes eran vigilar el chalé de la playa y si había alguna posibilidad discreta de llevarnos a la señorita Pickford, hacerlo. Eso era todo.

—¿Y adónde tenían que llevarla?

El ruso apretó los labios. Joe lo miró incrédulamente.

—Vamos, no sea idiota, hombre —gruñó—. ¿Quiere que le reviente un ojo con un tenedor? ¿O que le corte las orejas? ¿O que lo castre como a un cerdo? No sea estúpido, usted sabe que me lo va a decir. ¿Por qué quiere que lo maltrate? ¿Es masoquista, tal vez?

—A un garaje —susurró el ruso, lívido.

—Muy bien, a un garaje. ¿Qué garaje, dónde está?

—En Pomona.

—No me gustan las conversaciones telegráficas, Iván.

—No me llamo Iván.

—¿Qué importa eso? He hecho algunas correrías por Rusia, y sé que hay muchos rusos que se llaman Iván. Y conozco muy bien a los rusos, así que sé muy bien que no me estás mintiendo. Y eso, porque sabes que si lo haces volveremos a vernos antes de que, con no poca suerte, seas canjeado. Escucha, siento haber matado a tu compañero, pero tú lo entiendes, ¿no es cierto? Era el juego: o él o yo. El juego sigue y tú estás perdiendo ahora. Sé razonable, Iván.

—En el 620 de End Line —jadeó el ruso—. Está casi fuera de la ciudad.

—¿Quién hay en el garaje?

—No lo sé. Nos dijeron que la llevásemos allí, nos dieron indicaciones para que lo encontrásemos fácilmente, eso es todo.

—Si me has mentido volveremos a vernos, Iván, ya lo sabes.

El ruso encogió los hombros. Slockum asintió y se incorporó. Rebeca esperaba, pero todavía tuvo que esperar más, pues antes de abandonar la cabaña Joe selló con esparadrapo encontrado en el cuarto de baño las bocas de los que podían gritar o hablar entre sí.

Dejaba tras sí un buen «paquete», eso no podía dudarse.

Finalmente, cargado con todas las armas, abandonó la cabaña. Dejó las armas en el maletero, con los paquetes que contenían las filmaciones y las fotografías, de las que no dejó ni una en la cabaña, ni siquiera en los bolsillos de A.

Cuando se sentó junto a Rebeca en el asiento delantero ella se quedó mirándolo atentamente y Joe creyó comprender.

—¿Preferiría que quemase las fotos y lo demás? —preguntó.

—Usted sabrá lo que hace, Joe.

—Creo saberlo —gruñó él.

Y partieron. Atrás, apagadas todas las luces, quedó la cabaña, y frente a ésta el coche que Slockum había estado utilizando, ya que prefirió utilizar en adelante el de los desdichados A, B, C y D.

El de los rusos ni siquiera se molestó en buscarlo: ya lo encontrarían sus compañeros de la

C. I. A.

cuando acudieran a la cabaña.

—También he cogido un par de latas de cerveza —dijo Rebeca—. ¿Quiere una?

—No puedo conducir, comer y beber todo a la vez, sobre todo teniendo una mano inútil —gruñó Joe.

—Bueno, entonces voy a cenar yo, y luego conduciré hasta Pomona. ¿O no vamos a Pomona?

Joe le dirigió una mirada de reojo.

—¿Qué haría usted?

—El espía es usted, Joe.

—Bueno, pero puedo consultar a personas que por su inteligencia me merezcan confianza, ¿no?

—Yo no iría a Pomona —dijo Rebeca.

—¡Ah! ¿No? ¿Qué haría usted?

—Tendría que pensarlo.

—Bueno, pues piénselo.

Veinte minutos más tarde cambiaron de asiento, encargándose Rebeca de conducir. Joe Slockum comió un par de bocadillos, sin especial apetito, y se bebió el contenido de una lata de cerveza. Se sentía cansado, y sobre todo, dolorido. Ahora que los golpes se habían enfriado tan sólo moverse le resultaba una tortura atroz. Y la mano derecha estaba más hinchada y paralizada.

—Bueno, ¿qué haría usted? —preguntó.

—¿Y usted?

—Considerando la situación, creo que sería un error ir a ese garaje. Es muy posible que haya allí una célula del espionaje ruso... ¿Sabe usted lo que es una célula de espionaje?

—No.

—Generalmente es un grupo de espías que operan fuera de su país, y que disponen de una emisora por medio de la cual reciben instrucciones rutinarias respecto a sus cometidos. Atrapar una

célula no es gran cosa, porque todo su nexo de unión con una jefatura más alta del espionaje es esa emisora que naturalmente, no nos sirve casi nunca de nada para seguir avanzando en busca de mayores presas. ¿Lo ha comprendido?

—Creo que sí. Lo que quiere decirme es que ni siquiera los que estén al cuidado de esa emisora sabrán de dónde o de quién procede la información sobre mí.

—Exacto. Un grupito de rusos y asalariados de los rusos, eso sería todo. Y si vamos allá y, con suerte, conseguimos atrapar a esos rusos, todo lo que sobrevendría en consecuencia sería que la emisora dejaría de funcionar... con lo que provocaríamos la alarma en el sistema del espionaje ruso en la Costa Oeste de Estados Unidos. Automáticamente, las demás células se replegarían como un caracol en su cascarón y esperarían instrucciones de emergencia. Mientras tanto, lo sucedido llegaría a oídos de las personas que consiguieron la información, las cuales avisarían a sus informantes de la

C. I. A.

o de auxiliares de la

C. I. A.

que estén haciendo doble juego a favor de la C. I. A, y de los rusos. Entonces, esos traidores de la

C. I. A.

también se protegerían en su caparazón.

—Y no podrían ser detectados.

—Exacto. Detectados... Es una palabra técnica precisa y exacta, señorita Pickford. Bueno, creo que tendré que pensar detenidamente en lo que tengo que hacer. ¿Está usted bien, puede conducir sin problemas?

—Estoy perfectamente, no se preocupe, Joe.

—A lo mejor —suspiró éste— le parecerá que estoy dormido. No será así: simplemente, estaré pensando.

—Muy bien —sonrió Rebeca—. De todos modos, le avisaré cuando lleguemos a Pomona.

—No estará de más.

Hacia la una de la madrugada Joe Slockum y Rebeca Pickford se alojaron en un motel de Long Beach como el señor y la señora Slockum sin problema alguno. Para entonces, ciertamente, Joe Slockum se había puesto ya en contacto telefónico con su jefe, en el domicilio privado de éste. Slockum pasó la información completa y por último pidió que el garaje en cuestión fuese cercado lo más pronto posible, pero sin que los rusos de la célula fuesen inquietados en absoluto hasta que él avisara de que podía hacerse. Informó también del «paquete» que había dejado en la cabaña, pidiendo que asimismo fueran enviados algunos agentes para hacerse cargo de todo, pero sin más actividad que ésa. El jefe de Slockum le dijo que pasaría inmediatamente instrucciones a cierta oficina de Los Angeles y que todo se haría como Joe le pedía, lo que no dejó de sorprender a Slockum, que preguntó si su jefe estaba de acuerdo con todo lo que había decidido por su cuenta. La respuesta afirmativa persistió, y el jefe de Slockum, tras preguntar si la señorita Pickford estaba bien, colgó.

Fin de esta parte del asunto.

—Bueno —le había dicho Rebeca cuando él expresó su asombro, de nuevo en el coche—, no cabe duda de que su jefe confía plenamente en sus iniciativas. Joe. Buscaremos ahora una farmacia.

—¿Para qué?

—Para comprar algunos potingues que puedan aliviarle un poco durante la noche.

Y allá estaba Joe Slockum, a la una de la madrugada, en calzoncillos, tendido en la cama de la cabaña número nueve del The Moon Motel, adormeciéndose bajo la caricia de las manos de Rebeca Pickford mientras ésta aplicaba linimento a sus hematomas y finalmente vendaba su mano.

—Bueno, ¿qué tal? —le sonrió ella—. ¿Se siente mejor?

—Mañana se lo diré. Es horrible... Nunca me habían dado una paliza semejante.

—La culpa fue de usted: no debió provocarlos.

—Es verdad —admitió Joe—, tengo demasiado mal genio. Pero no me arrepiento de haberle dado una patada al culo a aquel sujeto. Bien, me voy al sofá, y así podrá usted... —Vamos, no diga tonterías. Cabemos los dos perfectamente en esta cama.

—¿Y si me diese por violarla?

—Hay dos posibles soluciones a eso —rió Rebeca—. Una de ellas, que yo aceptase su intento, en cuyo caso ya no sería violación. La otra, que tal como está podría quitármelo de encima con un simple golpe. Estoy segura de que podría.

—¿De verdad no le molesta que me quede en la cama?

—Claro que no.

—Hay otra alternativa todavía —murmuró Slockum.

—¿Si? ¿Cuál?

—Que quizá usted, adormilada, crea que yo soy otra persona y en la oscuridad no se dé cuenta... de la diferencia.

—Le repugnó todo lo que expliqué a A y a los otros, ¿verdad?

—Bueno... No fue agradable oírlo.

—Tampoco explicarlo —susurró Rebeca.

Se desnudó completamente, bajo la fija mirada de Slockum, se puso su bonito pijama azul y se tendió junto al hombre de la C. I. A.

Segundos después, se había dormido, para asombro de Slockum, que, finalmente, apagó la luz, y se quedó con los ojos abiertos. Su último pensamiento fue que, bien hecho o mal hecho, moral o inmoral, lo que no podía dudarse del hombre era que sabía elegir una mujer.

CAPÍTULO VII

Townsend Wilkington vivía en Santa Mónica, pero ya muy cerca de Beverly Hills, exactamente en el 2680 de Glendale Boulevard. Desde la suave colina en la que estaba ubicada la casa se veía el mar, a lo lejos. La casa, rodeada de jardín, y, ya en sus límites, por unas altas verjas de hierro, se veía, blanca y roja, entre los pinos.

Desde el coche. Joe Slockum y Rebeca Pickford la estuvieron contemplando, el primero con gesto especulativo.

—Si yo tuviera una casa así —murmuró Slockum— habría montado un sistema de seguridad adecuado.

—¿Por ejemplo?

—Perros, guardianes humanos, sistemas electrónicos de alarma... Cosas así. O todas. —Lo que está tratando de decirme es que no va a ser fácil llegar hasta el señor Wilkington.

—A la brava, desde luego que no. Y por supuesto, cuando salga lo hará bien acompañado. Digamos que tendrá un «secretario» o dos que no le perderán de vista. —¿Guardaespaldas?

—Algo así. Un sujeto que contacta con tipos como Jules Amberson y sus amigos debe tener un sistema de vida acorde con esas relaciones, ¿no le parece?

—Supongo que sí. En cuyo caso, todo lo que usted ha planeado puede salirle muy mal, Joe.

—¿Ahora me sale con ésas? —se sorprendió Joe—. Usted misma estuvo apuntándome ideas al respecto, y tengo que admitir que han sido buenas.

—Es posible. Pero no tiene por qué jugarse la vida de ese modo. Por mucho que le paguen no creo que sea suficiente, ¿verdad?

—No lo hago por lo que me pagan.

—¿No? ¿Por qué, entonces?

—Porque es mi trabajo.

—Lo entiendo. Pero podría simplificarlo todo llamando de nuevo a su jefe y pidiendo ayuda. A fin de cuentas, si el señor Wilkington está ahí, ya no podría salir sin ser detenido.

—No, pero podría llamar. Y no por teléfono, lo que sería incluso conveniente, pues se le intervendría, sino por otros medios. Es mejor la trampa que le hemos preparado. ¿Recuerda bien todo lo que le dije, señorita Pickford?

—Claro.

—Claro. ¿Puedo... hacerle una pregunta personal?

—Sí.

—¿Qué hará usted cuando todo esto haya terminado?

—En realidad —sonrió suavemente Rebeca—, lo que me está usted preguntando es si seguiré con él, ¿no es eso?

—Sí... Sí, eso es.

—¿Qué me aconsejaría usted que hiciera?

—No soy la persona adecuada para dar esa clase de consejos.

—¿Por qué no? Es usted un hombre valiente, inteligente, y con una gran dosis de integridad moral.

—No diga tonterías —masculló Slockum—: usted no tiene ni idea de la de cosas que yo puedo hacer carentes todas ellas de moral alguna.

—¿Por ejemplo?

—Muchas.

—De acuerdo, pero dígame una sola.

—Dejémoslo. Será mejor que me ocupe de...

—Espere. —Rebeca le puso una mano en un brazo, suavemente—. Usted me ha hecho una pregunta, y se la voy a contestar. ¿Quiere saber lo que haré cuando esto termine? Pues muy bien, se lo diré. Tal como están las cosas, se me ofrecen dos posibilidades nada más. Si se cumple una de ellas, aceptaré el dinero y las instrucciones que me darán y desapareceré de escena para siempre; quiero decir, en cuanto a mis relaciones con él se refieren. Si se cumple la otra posibilidad, no podré hacer nada, porque estaré muerta.

Joe Slockum palideció.

—¿Qué dice? —jadeó.

—Ahora viene lo de su moralidad, Joe. No le gustaría en

absoluto tener qué matarme, ¿verdad?

—¿Está usted loca? —jadeó Slockum, lívido.

—¿Lo haría usted? ¿Me mataría, Joe?

—¿De dónde ha sacado semejante idea? ¡Y dijo que yo tenía una mente maquiavélica! —No soy ninguna estúpida. Sólo quería decirle que siento mucho que le eligieran a usted para esto. ¿Por qué aceptó?

Joe Slockum se pasó la lengua por los labios. ¿Por qué había aceptado? Buena pregunta. Pero no podía darle la respuesta a Rebeca Pickford. No podía decirle que había aceptado porque en cuanto vio su fotografía había sentido aquel vacío en el estómago. Ni podía decirle que aquel enamoramiento de una fotografía se había convertido en una dolorosa realidad a cada instante más intensa.

Sintiendo como si sus facciones estuviesen congeladas, Joe Slockum consiguió sonreír, de todos modos.

—Verdaderamente —dijo con tono festivo— su imaginación es portentosa, señorita Pickford.

—¿Usted cree?

—Déjeme decirle una sola cosa más —susurró Slockum—: si cuando esto termine se siente usted sola, o necesita... cualquier clase de ayuda o consuelo, llámeme.

—Con esto trata de decirme que no tema, que nada va a ocurrirme aunque las cosas salgan mal. ¿No es así? Es un gran consuelo oír eso. Joe, pero...

—No seas tonta —susurró Slockum—. Sé que nada va a ocurrirte, de ninguna manera. Lo que he tratado de decirte es que te amo.

Ella no se movió cuando Slockum la besó tiernamente en los labios. Él se apartó, la miró como si quisiera llenarse para siempre los ojos con su imagen, y sin más, salió del coche, del que se alejó sin volver la cabeza, sintiendo el fortísimo latir de su corazón.

Cuando llamó a la verja de la quinta de Townsend Wilkington ya estaba completamente sereno. Tuvo la sensación de que todo su cuerpo se refrigeraba, de que su mente se aclaraba... Estuvo mirando al hombre que acudía a abrir. Es decir, no a abrir, pues se detuvo ante él al otro lado de las verjas y preguntó:

—¿Qué desea?

—Quisiera ver al señor Wilkington.

—El señor Wilkington no está en casa.

—¿No? ¿Dónde está?

—Si es usted tan amable de dejarme su recado haré lo posible para pasárselo al señor Wilkington y él se pondrá en contacto con usted.

—Ya. Bueno, voy a ahorrarle a usted las molestias de localizarme por ahí. Voy a esperar a que el señor Wilkington conozca el recado —sacó un sobre del bolsillo y lo pasó por entre los barrotes—. ¿Quiere entregarle este sobre? Sólo a él, ¿entiende?

—Ya le he dicho que el señor Wilkington no está en casa.

—¿Por qué no mira bien? Todos podemos equivocarnos, ¿no le parece? Espero aquí mismo.

El hombre lo miro de arriba abajo, dio media vuelta, y regresó a la casa. Slockum encendió un cigarrillo. Apenas estaba a la mitad cuando el portero regresó y abrió la verja.

—Pase, por favor.

—Gracias.

Entró, tiró el cigarrillo a una artística papelera, y se encaminó hacia la casa. El cielo, intensamente azul, ofrecía un hermoso contraste con el verdor de los pinos. El jardín era elegante en su sencillez. La casa era magnífica. A la izquierda vio el garaje, frente al cual un hombre limpiaba un Continental. Un poco más lejos vio un jardinero.

Cuando entró en la casa un hombre acudió a su encuentro, y, sin mediar palabra, lo cacheó rápida y expertamente, haciendo un gesto de aprobación cuando Slockum alzó un poco los brazos.

—Lo siento, es la norma —dijo el sujeto.

—No importa.

—Por aquí.

Cruzaron el amplio vestíbulo hacia la derecha. El sujeto abrió la puerta, haciendo un gesto con la cabeza. Slockum vio enseguida a Townsend Wilkington, que todavía tenía en las manos el sobre y la fotografía que había contenido. Un gesto de desconcierto, inmediatamente de recelo, apareció en el rostro de Wilkington.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Terry Edwards, señor Wilkington. Usted no me conoce.

—Desde luego que no. ¿Qué significa esta foto?

Slockum miró al sujeto que le había cacheado, y luego, significativamente, a Wilkington, que negó con la cabeza, así que el hombre se quedó, mirando con expresión vigilante a Slockum, pese a saber que éste no llevaba arma alguna.

Por su parte, Slockum miraba a Wilkington. Impresionante. Alto, elegante, con abundante cabellera blanca, ojos claros, mentón sólido... Debía vivir magníficamente a juzgar por su aspecto, bronceado y saludable a más no poder. Había que fijarse muy bien en él para decidir que tenía cerca de sesenta años.

—Esta foto significa, claro está, que hemos hecho el trabajo. Tenemos todo el material y esperamos filmar muchas más cosas para hacer la selección final... si no surgen nuevos contratiempos.

—¿Contratiempos? ¿Qué contratiempos?

—Los rusos.

Townsend Wilkington quedó aturdido, desconcertado.

—¿Qué rusos?

—Suponiendo que esto no sea una jugada de usted, claro.

—Pero... ¿de qué demonios está hablando? —gritó Wilkington poniéndose en pie.

—¿Usted no sabe nada de los tres rusos?

—¡Claro que no!

—Bueno, será mejor que nos calmemos, señor Wilkington... ¿Puedo sentarme?

—¡Siéntese, por todos los demonios! —Wilkington lo hizo de nuevo—. ¿De qué rusos está usted hablando?

—Verá usted, señor Wilkington... Nosotros hicimos el trabajo. Es decir, lo hicieron Jules Amberson, Tillman, Blake y Murray A éstos sí los conoce usted, ¿verdad?

—Sí... Sí.

—Bien. Yo hacía de escoba. ¿Sabe usted lo que es eso?

—No.

—Generalmente, cuando trabajamos en grupo siempre dejamos a uno de nosotros fuera del juego visible. En esta ocasión me correspondió a mí hacer el trabajo de escoba. No es complicado, pero hay que estar muy atento, pasando detrás del grupo y arreglando los posibles fallos. Por ejemplo, recoger un casquillo de bala, una colilla, colgar un teléfono, rematar a alguien... Es un sistema de seguridad que hasta ahora nos ha dado muy buenos

resultados. Ya sabe: el que no ha tomado parte en la batalla siempre ve ésta con más... objetividad. ¿Me va comprendiendo?

—Creo que sí... Pero siga.

—En esta ocasión, todo fue bien. Ellos cuatro fueron al chalé de la playa que usted indicó, mataron a un tal Slockum, el tipo de la C. I. A.

que estaba con la chica, y se la llevaron a ella. Yo pasé luego por el chalé, haciendo de escoba. Todo estaba bien, no habían cometido errores. Slockum estaba muerto, no habían dejado pistas, y nadie se había dado cuenta de que allí sucediera algo especial. Así que me fui tras ellos, por el itinerario convenido. Tardé poco en recuperar el terreno perdido, y cuando ya los estaba alcanzando me di cuenta de que tres tipos los estaban siguiendo en un coche.

—¿Tres rusos? —No salía de su asombro Wilkington.

—Sí. Bueno, entonces yo todavía no sabía quiénes eran, pero sí me di cuenta de que los seguían a ellos. Podía haber adelantado a los tres tipos y avisar a Jules, pero me pareció demasiado visible y hasta peligroso. Se podía haber organizado allí un tiroteo, una batalla campal y ése no es nuestro estilo. Así que... dejé que el río siguiera su curso.

—¿Qué?

—Pues que yo seguí a mi vez a los rusos.

—Ah. Sí, claro.

—Jules y los otros llegaron con la chica a la cabaña del lago, se metieron dentro y eso fue todo. Los tres rusos escondieron el coche por allí y se pusieron a esperar. Bueno, yo también esperé. Más que nada por si detrás de aquellos tres tipos llegaban más amigos suyos, ¿comprende? Pero no. Esperaron a que anoheciera. Mientras tanto. Jules y los otros trabajaban dentro de la cabaña con la señorita Pickford. Por fin, debieron terminar, y Tillman salió con todo el material. Entonces fue cuando los rusos le partieron la cabeza. Eso no pude evitarlo.

—¿Quieté decir que mataron a Tillman?

—Todavía no está muerto, pero está muy mal. Verá, los rusos le golpearon y yo no pude hacer nada, porque entonces habría estado solo contra ellos tres. No me esperaba aquello, creía que sólo estaban vigilándonos y esperaba la ocasión de avisar por fin a Jules para darles una lección a los tres. Pero no tuve tiempo. Golpearon a

Tillman y luego fueron a la cabaña. Lo tuvieron muy fácil. Jules y los otros debieron creer que quien entraba era Tillman y los pillaron como a niños. Pero detrás de los rusos entré yo y les amenacé por la espalda... Aquello estuvo bueno.

—¿Qué pasó?

—No se resignaron. Uno de ellos volvió la cabeza, vio que estaba solo, y como tenía la pistola en la mano, intentó liquidarme. Le agujereé los sesos, ¿comprende? Jules, y los otros dispararon contra los otros dos rusos. Bueno, se armó un tiroteo de los buenos, pero muy corto... Para resumir, le diré cómo están las cosas en estos momentos: Blake está muerto, Tillman está muy mal, Murray tiene un balazo en una pierna, dos rusos están muertos y el otro lo tenemos en la cabaña prisionero... No ha sido una noche agradable. Hemos tenido que arreglárnoslas solos... y en realidad no estaría yo aquí ahora si no fuese por lo que, finalmente le obligamos a decir al ruso que tenemos vivo.

—¿Qué dijo ese ruso?

—Que tenían órdenes de liquidarnos a todos y llevarse a la señorita Pickford y que de usted ya se encargarían otros.

Townsend Wilkington quedó lívido.

—¿De mí? —jadeó.

—Sí. Bueno, usted va a pensar que Jules y yo somos muy desconfiados, señor Wilkington, pero no sé... nos pareció muy raro. La verdad, se nos ocurrió que era alguna extraña jugada de usted. Como si después de utilizarnos hubiese planeado liquidarnos.

—Usted es un idiota —intervino acremente el guardaespaldas de Wilkington—. ¿Cree que el señor Wilkington les iba a contratar a ustedes y a otros hombres al mismo tiempo? Y si además, a él también quieren matarlo...

—Puede que yo sea idiota —cortó fríamente Slockum— pero usted es mongólico, amigo. Todo ingenuidad. ¿Sabe?

—Le iría mejor mordiendo la lengua —entornó los ojos el guardaespaldas.

—¿Si? Bueno, le diré lo que pensamos nosotros, llevando nuestra idiotez a límites extraordinarios: que el señor Wilkington tenía algo que ver con los rusos, pero que había utilizado otro nombre en su relación con ellos, por si les salía mal y nosotros les ganábamos la partida y les obligábamos a decir quién les había enviado. Hilos

dirían otro nombre y dirían que del señor Wilkington se encargarían ellos. De ese modo, nosotros no podríamos sospechar del juego sucio del señor Wilkington. ¿Lo entiende, genio?

—Cálmense los dos —susurró Wilkington—. ¿Les sacaron ustedes a los rusos quién los había enviado?

—No. Dijeron que no sabían nombres. Eso es lo que nos hizo sospechar de usted de nuevo, señor Wilkington. Y yo he venido a decirle que tiene las cosas muy mal si ésa ha sido su jugada, porque nosotros...

—¡Oh, cálese, maldito sea! —aulló Wilkington.

Se pasó las manos por la cara, con un gesto trémulo. Joe Slockum se quedó mirándolo con desconfianza que parecía ir disminuyendo.

—¿No fue usted quien los envió? —murmuró por fin.

—¡Claro que no!

—Pues esos tipos lo sabían todo muy bien, se lo juro. Talmente como si usted...

—¡Ya basta de tonterías! ¿Cree que yo ordenaría mi propia muerte?

—Pues entonces ha sido otra persona, ¿no? Lo que no entiendo es lo de los rusos... ¿Conoce usted a alguien que tenga relaciones con gente rusa?

Wilkington miraba a Slockum fijamente; parecía que los ojos se le fueran a salir de las órbitas, y su saludable y atractivo tono bronceado había bajado en intensidad. De pronto miró al mosqueado guardaespaldas.

—Craydon, ve a llamar a Dingham y esperadme afuera con el coche. Vamos a dar un paseo con el señor Edwards. Según entiendo —miró de nuevo a Slockum—, ese ruso está vivo todavía. ¿No?

—Sí, está vivo.

—Bien. ¡Bien! Nosotros les vamos a demostrar a ustedes cómo se obliga a un hombre a decir *todo* lo que sabe, Edwards. Ya verá cómo nos dice quién los envió. ¿Seguro que son rusos?

—Sí, sí. Y eso es lo que más nos ha sorprendido.

—A mí no me sorprende demasiado —susurró Wilkington, como hablando consigo mismo—. Aunque sería un juego tan sucio... ¡tan asquerosamente sucio y maldito...! Pero si creen que pueden hacerme esto a mí están muy equivocados... ¡Muy equivocados! Y si

me apuran, serán ellos los que... ¿Dónde está el resto del material que filmaron con la señorita Pickford?

—En la cabaña. Yo sólo he traído unas fotos de ella desnuda, para que comprendiera que venía de parte de Jules.

Wilmington asintió y miró la fotografía de Rebeca desnuda. Tendió una mano silenciosa y Slockum, interpretando el gesto, le entregó las restantes fotografías. Durante un par de minutos, Wilmington las estuvo mirando, en silencio. Por fin, murmuró:

—Es muy hermosa. No se le puede reprochar este capricho al Presidente, ¿eh? Claro que cuando la adquirió no era Presidente...

—¿Conocía usted ya a la señorita Pickford?

—No. No tenía ni idea de su existencia hasta que ellos me lo dijeron.

—¿Ellos? ¿A quiénes se refiere? ¿A los que le facilitaron toda la información que luego nos traspasó usted a nosotros?

—Sí. A ellos. Quizá debería llamarlos, avisarlos, pero... ¿cómo saber si llamo a la persona adecuada?

—No comprendo lo que quiere decir —se hizo el tonto Joe.

Townsend Wilmington miró fríamente a Slockum, a quien consideraba un granuja de más o menos categoría, pero de una inteligencia no precisamente admirable. Y siendo tan poco admirable su inteligencia, ¿cómo podía pensar lo mismo que él, cómo podía pensar que en el grupo de amigos que respaldaban al señor Wilmington había uno al menos, un traidor que no sólo lo era para ellos, sino para Estados Unidos, al haberse vendido a los rusos facilitándoles los datos necesarios para que se apoderasen de la amante del Presidente? ¡Vaya un golpe de éxito para el espionaje ruso si pudieran presentar al mundo a la amante del Presidente de los Estados Unidos! Porque los rusos no se limitarían a hacer un chantaje presidencial, sino que escarnecerían a Kellerman y a todo el país, a todo el sistema americano, pondrían a flote la corrupción del hombre que iba a ocupar la Casa Blanca...

—No tiene usted que comprender nada —susurró por fin Wilmington—. A partir de ahora, yo me encargo personalmente de todo esto.

—Muy bien. ¿Me devuelve usted las fotografías de la señorita Pickford?

Wilmington lo miró entre irritado e irónico.

—Están bien donde están —dijo, guardándoselas.

—Como usted quiera.

Dos minutos más tarde, Craydon entró en el despacho.

—Dingham espera en el coche, señor Wilkington.

Éste se puso en pie, y salieron los tres en silencio de la casa. Al volante del Continental había un hombre de la misma catadura que Craydon, con cierto estilo, pero fácilmente catalogable para Slockum. Craydon se sentó junto a Dingham, y Joe y Wilkington ocuparon el asiento de atrás. En las verjas esperaba el mayordomo, que cerró cuando el coche hubo salido. Slockum sacó el pañuelo, y se sonó ruidosamente.

—¿Qué le pasa? —Gruñó Wilkington, con cierta aprensión—. ¿Está resfriado?

—Un poco —encogió los hombros Slockum.

Se guardó el pañuelo. Era de esperar que Rebeca lo hubiera visto perfectamente. Y luego... ¡era tan fácil lo que ella tenía que hacer!

Tan fácil...

CAPÍTULO VIII

Circulando por autopistas en un Continental, las distancias parecen más cortas. No tardaron mucho más de hora y media en divisar la cabaña. Frente a ésta, el coche de Slockum, que se esforzó en no mirar alrededor. Aunque ellos habían viajado deprisa, era de suponer que la

C. I. A.

había tenido tiempo más que suficiente para preparar el cepo, después de que Rebeca hubo llamado a su jefe al verle sonarse, que era la señal convenida de que Wilkington había picado el anzuelo. Tras la llamada de Rebeca a su jefe, éste sólo tenía que llamar a la oficina de Los Angeles, la cual, por radio, habría dado instrucciones a un grupo de agentes para que la trampa quedase montada en la bucólica cabaña junto al lago.

Dingham detuvo el coche detrás del de Slockum. Wilkington lo señaló.

—¿De quién es ese coche? No es el de Amberson.

—Es del agente de la

C. I. A.

el tal Slockum.

—¿Y el de Amberson?

—Se ha quedado en Los Angeles —gruñó Joe—. Me pareció que usted preferiría eso a que yo viajase solo delante de ustedes.

—Está bien. Craydon, ve a echar un vistazo.

Craydon salió del coche y se acercó a la cabaña. Entró en ésta, y salió un minuto más tarde. Volvió al coche, se sentó y se volvió hacia Wilkington.

—No hay nadie en la cabaña.

—¡Cómo que no hay nadie! —exclamó Slockum.

—No hay nadie —le miró fríamente Craydon.

—No puede ser. ¡No puede ser!

Los tres hombres lo miraban ahora fijamente, fríamente. Craydon sacó la pistola y apuntó a la cabeza de Slockum.

—¿Lo mato, señor Wilkington?

—¡Pero qué demonios...! —estalló Slockum—. ¡No sea imbécil! Si no hay nadie es porque deben haber visto llegar el coche y habrán salido a esconderse por ahí. Salgamos del coche y en cuanto me vean comprenderán que todo va bien y todavía más al ver al señor Wilkington. Entremos en la cabaña y ya verá cómo Jules aparece.

—¿Le pego un tiro? —insistió Craydon.

—No. Vamos a la cabaña. Me resisto a creer que Edwards sea tan loco como para habernos mentido.

Salieron los cuatro del coche. Craydon señaló hacia la ventana rota, sin hacer comentarios, y sin obtener ninguno. El lugar era apacible, el silencio, muy agradable, sedante... Pero cuando estuvieron dentro de la cabaña Slockum se sintió más tranquilo: la trampa se había cerrado.

Afuera se oyó un leve silbidito, que alertó a Wilkington y sus «secretarios», pero que hizo sonreír a Slockum. Todo estaba bien: Rebeca había cumplido su parte y ahora ella estaba a salvo y la cabaña se había convertido en una ratonera. Sólo cabía esperar que los ratones fuesen listos, que no fuesen unos suicidas.

—¿Han oído ese silbidito? —preguntó.

—Desde luego —lo miró Wilkington.

—Lo ha hecho un agente de la

C. I. A.

un compañero mío. Me llamo Slockum.

Wilkington había palidecido intensamente, y no mucho menos Craydon y Dingham, los cuales apuntaron con sus pistolas al hombre de la

C. I. A.

que sonrió desdeñosamente.

—¿Quién es el idiota ahora, Craydon? —preguntó—. Ahí fuera hay doce o catorce agentes de la

C. I. A.

Aprieten esos gatillos y sabrán cómo las gastan cuando matan a un

compañero. Y usted se va a enterar también de eso, Wilkington.

—Hijo de puta... —jadeó éste.

Slockum ladeó la cabeza y entornó los párpados. Eso fue todo, como respuesta al insulto. Dijo:

—Si antes de cinco segundos yo no he vuelto a silbar, las cosas se van a poner mal para ustedes. A usted, señor Wilkington, se lo llevarán vivo a Washington, pero a sus amigos los van a despellejar vivos. O quizá los incineren dentro de esta choza. ¿Silbo o no silbo?

Tendió las manos hacia Dingham y Craydon, que miraron indecisos a Wilkington. Éste no tuvo más remedio que asimilar la información recibida de labios de Slockum: una docena de agentes de la

C. I. A.

era algo verdaderamente significativo. Lívido de rabia, hizo un gesto afirmativo y Slockum recibió una pistola en cada mano. Retrocedió un par de pasos y emitió un silbido.

Pocos segundos después se oyeron pasos en la cabaña y enseguida apareció Rebeca Pickford, empuñando una pistola. Para entonces, Slockum estaba todavía más lívido que Wilkington y sus guardaespaldas.

—¿Todo está bien, Joe? —Entró preguntando Rebeca.

El agente de la

C. I. A.

ni siquiera podía hablar... ¿Qué hacía allí aquella loca? ¿Dónde estaban los hombres de la

C. I. A.?

Wilkington estaba tan sorprendido, tan desconcertado como Slockum, pues había reconocido en el acto a la hermosa muchacha de las fotografías que todavía tenía en un bolsillo.

—De modo que usted es Townsend Wilkington —dijo Rebeca, plantándose ante el interpelado—. Tiene usted un aspecto muy aristocrático, señor Wilkington. Lástima que por dentro sea negro como el cieno. Puro fango. Siéntense los tres ahí: vamos a charlar.

Wilkington miró hacia la puerta. Como los demás, esperaba la llegada de más personajes, pero esto no sucedía. Y afuera el silencio era total: no se oía ni una voz, ni una pisada, ni el rumor de un automóvil... Nada.

—No entiendo esto —susurró Wilkington.

—Ni yo —exclamó Slockum—. ¿Dónde están todos?

—No hay nadie más —sonrió Rebeca—. Estamos usted y yo solos, Joe. ¿Y sabe por qué? Pues porque las porquerías que tenga que decir el señor Wilkington deben ser oídas por el menor número posible de personas. Es para evitar una epidemia de asco, ¿sabe, Wilkington? Vamos, siéntense los tres.

—Por el amor de Dios —jadeó Slockum—. ¡No has hecho lo que te pedí, Rebeca!

—Nosotros solos nos bastamos para terminar con esto. A fin de cuentas, todo lo que falta es que el señor Wilkington nos diga los nombres de ese grupo de personas influyentes a los que sirve, con vistas de recibir luego grandes favores que lo... encumbren magníficamente. ¿Tiene lo necesario para escribir esos nombres, señor Wilkington?

—No.

Joe se lo proporcionará. ¿Sabe, señor Wilkington?: desde el primer momento esto ha sido una trampa destinada exclusivamente a usted, o a la persona que hiciera su parte de este sucio trabajo... Sabíamos que morderían la carnada. Una carnada interesante, por otra parte: yo misma. No repetiré que se sienten los tres.

Nadie se movía. Rebeca Pickford se acercó más a Wilkington, giró rápidamente alzando una pierna y el pie golpeó al sujeto en el centro del pecho, duramente, salvajemente, derribándolo en el sota, demudado el rostro.

—Pequeña demostración de aviso —sonrió la bella Rebeca—. Y permítanme presentarme adecuadamente: Rebeca, de la C. I. A.

Slockum lanzó una exclamación de incredulidad. Craydon y Dingham retrocedieron, para sentarse en el sofá junto a Wilkington. De pronto, y cuando se estaba inclinando para sentarse. Dingham hizo un extraño movimiento con el brazo derecho, como sacudiéndolo, y la pequeña pistola se deslizó por la manga y cayó en la palma de su mano.

—¡Vais a...! —empezó a gritar.

Plop, disparó Rebeca Pickford.

La bala acertó a Dingham en el centro de la frente, y lo sentó, por fin, pero muerto. Muerto fulminantemente, saltones los ojos, crispada la boca... Craydon decidió aprovechar la ocasión que

representaba la actitud petrificada de Joe Slockum y saltó contra éste, con vencido de que podría sorprenderle. Y. en efecto, inicialmente le sorprendió.

Sólo inicialmente, porque al mismo tiempo que Craydon se apoderaba de la pistola que Joe sostenía con su maltrecha mano diestra, el agente de la

C. I. A.

alzaba la rodilla de ese mismo lado, incrustándola brutalmente entre las ingles de Craydon, que lanzó un berrido, se encogió... y pese a todo orientó su pistola hacia Slockum. Pero la mano derecha de éste desvió el brazo armado de Craydon y la izquierda, sujetando fuertemente la pistola, se movió con un gesto seco y duro. El sonido del acero contra la mandíbula de Craydon fue estremecedor, siniestro. Craydon cayó de rodillas tras efectuar un giro, gimiendo, llevándose las manos ahora a la rota mandíbula... y dejando desprotegido el vientre.

La punta del zapato de Slockum le alcanzó de lleno allí. Craydon emitió un profundo ronquido, puso los ojos en blanco y se relajó, desvanecido.

—¿Lo ve, Joe? —sonrió Rebeca—. Nosotros solos nos bastamos para estos desdichados. Asegúrese de que ese hombre no va a molestarnos en adelante, y charlaremos con el señor Wilkington.

Mascullando maldiciones, Slockum le quitó la corbata a Dingham y al propio Craydon, atando a éste de pies y manos con las dos prendas. Acto seguido, se fue directo al pequeño mueble-bar y se sirvió una pequeña dosis de *whisky*, que bebió de un trago.

Miró de pronto a Rebeca.

—¿Qué significa eso de *Rebeca, de la C. I. A.*? —Gruñó.

—Que soy compañera tuya —sonrió de nuevo la señorita Pickford.

—¿No eres... la amante del Presidente?

—¡Oh, vamos, Joe...! El señor Kellerman no tiene ninguna amante, por Dios. No que nosotros sepamos, al menos —casi rió ahora Rebeca Pickford—. Todavía está por ver si será un Presidente bueno o malo, pero cabe suponer que tenga otros proyectos y ambiciones que complicarse la vida con chicas bonitas. Aunque personalmente, preferiría eso a que se la complicara con guerras.

—De modo... que el señor Kellerman... no tiene una amante.

—Y si la tiene, no soy yo, ciertamente —rió por fin la señorita Pickford—. Vaya, Joe, todo eso son tonterías... aunque haya quien se las haya creído. ¿No es cierto, señor Wilkington?

—Espera un momento —masculló Joe—. ¡Quiero saber qué clase de broma me habéis estado gastando *a mí!*

—Te lo resumiré, por ahora. La

C. I. A.

se enteró de que cerca del señor Kellerman había un grupo de personas que estaban realizando extrañas maniobras, especialmente buscando hasta el fondo de la vida del señor Kellerman. Fue... como un rumor, ya sabes lo que pasa: no se sabe cómo, pero las noticias de esta clase se extienden en determinados ambientes. Por supuesto, ese escarbar en la vida del nuevo Presidente norteamericano no podía significar nada bueno, así que había que localizar a ese grupo e interrogarles sobre sus propósitos. Pero las investigaciones digamos «normales» no dieron fruto alguno. Entonces, se pensó en tender una trampa...

—¿Quieres decir que la

C. I. A.

se inventó una amante del Presidente?

—Exacto. Tenía que ser una chica bonita, con clase suficiente, valiente... y no es que me esté autoelogiando; eso me lo dijeron cuando me llamaron para preguntarme si aceptaba el trabajo de amante del Presidente. Me entusiasmó la idea y acepté. Así que ya tenían la carnada y sólo había que deslizar en determinados ambientes la sorprendente información de que el señor Kellerman tenía una chica bonita en alguna parte. Y se hizo así. Mientras tanto, la

C. I. A.

buscó al hombre adecuado para protegerme...

—¡Protegete! —bufó Slockum.

—Naturalmente. Todos sabíamos que yo sola no podría llevar adelante el trabajo. Hacía falta un agente especial... Especial en todos los sentidos: sobrio, valiente, consciente, poco dado a las complicaciones sentimentales, siempre dispuesto a todo, leal... Yo tenía que estar protegida, y en lo que me fuese posible, ayudar a ese hombre. Las computadoras de la Central dieron el nombre de Joseph Archibald Slockum, y así, junto conmigo, pasaste a formar

parte de la carnada. Pero a ti, sin advertirte, porque todo tenía que ser lo más natural posible. En cuanto a mí, si sabía la verdad comprenderás que era porque no había otro remedio, si tenía que hacer el papel de amante. Y así empezó todo... hasta llegar a este momento. El momento del triunfo para ti, Joe.

—¿Para mí solo?

—Bueno, espero haber estado a tu altura. Como sea, aquí tenemos al hombre que organizó la búsqueda y secuestro de la amante del señor Presidente. Así que podemos preguntarle: ¿por qué, señor Wilkington? ¿Quiénes son esos personajes, qué pretenden?

—Espera, espera... ¿Y los rusos?

—Los rusos han demostrado que tienen un buen ser vicio de información en las altas esferas —frunció el ceño Rebeca—, y en estos momentos otros compañeros nuestros se están ocupando de eso. Simplemente, los rusos captaron la onda de la información respecto a una amante del Presidente y se metieron en el asunto. Pero tuvieron mala suerte. En estos momentos, los del garaje de Pomona están detenidos, y nuestros compañeros se irán remontando hasta llegar al núcleo del que obtuvieron la información. Pero eso, aunque nos haya servido para elaborar el plan de atraer a esta trampa al señor Wilkington, ya no es cuenta nuestra. Nosotros tenemos que entendérmolas solamente con el señor Wilkington.

—El cual —lo miró aviesamente Joe— ha creído que dentro de su grupo había un traidor vendido a los rusos, y que no sólo podía estropear los planes del grupo en favor de los rusos, sino que quería cargárselo a él. ¿Verdad que creyó usted eso, Wilkington?

—Sí —murmuró éste—. Sí, lo creí.

—Bueno, pues ya conoce la verdad del juego. Y ahora, voy a relevar a Rebeca en las preguntas: ¿por qué? ¿Quiénes son sus amigos y qué pretenden?

—No diré nada —jadeó Wilkington—. ¡No diré nada! Y sé que no podrán nada contra mí, pues mis amigos son muy influyentes y me sacarán de esta situación...

—Oh, sí —se le acercó Slockum, mostrando una sonrisa de lobo—. Suponemos eso, Wilkington. Pero yo he comprendido ahora por qué Rebeca no ha avisado a nadie, a fin de que hagamos nosotros solos el trabajo hasta el último momento. ¿Y sabe por qué lo ha

hecho? Pues, porque así nadie más que ella y yo estaremos cerca de usted, no recibirá usted ayuda ni apoyo de nadie. Wilkington: estamos solos los tres aquí y no creo que Rebeca se asuste por lo que yo pueda hacerle a usted... ¿Te asustarías, Rebeca?

Rebeca Pickford sonrió fríamente, se sentó en un sillón, abrió su bolso que había colgado en todo momento de su codo, y sacó cigarrillos; encendió uno y miró plácidamente a Slockum.

—Nunca he visto torturar a nadie, Joe. Creo que ha llegado el momento de que aprenda algo sobre eso.

—Si me lo permites seré tu maestro.

—Oh, sí. Joe, gracias.

—No es que sea un experto, pero tampoco es tan difícil. Sólo hay que tener mala leche, y de eso me sobra... cuando hace falta. ¿Qué te gustaría primero?

—Lo dejo a tu elección.

—Gracias. —Joe se acercó a Wilkington, y suavemente le quitó el sobre con las fotografías de Rebeca, que se guardó—. Esto no va a necesitarlo, señor Wilkington, y para mí serán un agradable recuerdo. Señorita Pickford: ¿se desmayará usted si para empezar le reviento un ojo al señor Wilkington?

—¡Cielos, espero que no! —exclamó Rebeca.

—En ese caso...

—No —jadeó Wilkington—. No, no. ¡Les diré lo que quieren saber!

—Pero hombre, no sea usted antipático —deslizó melosamente Slockum—. ¡Va a privar a la señorita Pickford de un espectáculo muy instructivo para su profesión!

—¡Le he dicho que no me lastime, que se lo diré todo! —aulló Wilkington.

—Es una lástima —se lamer: Slockum—, pero, en fin, creo que no tenemos más remedio que escucharle. Puede empezar cuando quiera, señor Wilkington.

Se acercó a Rebeca, le pidió por señas un cigarrillo y cuando lo hubo encendido se sentó en el brazo del sillón. Parecían una amable pareja dispuesta a escuchar un simpático chascarrillo... pero Townsend Wilkington ya sabía que no era así, ni mucho menos.

—Nosotros —murmuró—. Bueno, el grupo para el que estoy trabajando, ellos... tienen intereses secretos en Irán. Intereses

petrolíferos. Tienen en Irán, secretamente, varias compañías petrolíferas, bajo nombres iraníes... Pero todo el capital es suyo, de... de mi grupo. Esto, en principio, ya es un fraude para el Gobierno norteamericano, pero además... les está costando mucho dinero, pues tienen que sobornar a iraníes de importancia en ese país, que se están llevando una tajada muy grande. Demasiado. La... esperanza de mi grupo está ahora en que debido al asunto de los rehenes que hace tiempo están en poder de Irán, en nuestra Embajada de Teherán, todo termine en un enfrentamiento armado entre Irán y Estados Unidos. Un enfrentamiento que, naturalmente, sólo tiene un vencedor: nosotros. Llevan tiempo esperando esto, pero ahora... ahora que se está negociando la devolución definitiva de esos rehenes y todo parece que va a terminar sin guerra, han comprendido que su situación será todavía más difícil, pues los iraníes que tienen sobornados, ya sin ese miedo, se volverán más exigentes, y hasta es posible que maniobren para despojarlos de todo. Así que... buscaron el modo de provocar esa guerra, por fin.

—Es decir —murmuró Rebeca—, que el objetivo final de sus amigos es provocar una guerra entre Irán y los Estados Unidos.

—Sí... Sí.

—Eso es absurdo. Y sobre todo, ahora —dijo Joe.

—Sí, lo sabe. Por eso... buscaron algo con lo que poder presionar al señor Kellerman, que de por sí ya es... bastante agresivo. Ellos... mi grupo, vieron el asunto solucionado cuando les llegó la onda de que el señor Kellerman tenía una amante. Así que decidieron encontrar a la muchacha, hacérselo decir todo, filmar películas... Todo eso. Con ese material, habrían ido a visitar al señor Kellerman y le habrían prometido dinero y el silencio sobre la existencia de la señorita Pickford si él... declaraba la guerra a Irán, fuese con el pretexto que fuese. De este modo, cuando Irán hubiera sido vencido, ellos... tomarían posesión directa de las empresas petrolíferas, ya que el señor Kellerman se cuidaría muy bien de que nadie se opusiera a ello.

Evidentemente, Townsend Wilkington no tenía nada más que decir sobre ese punto. Durante unos segundos reinó el silencio. Por fin, Rebeca Pickford susurró:

—Se trataba, pues, de verter oro rojo, sangre de miles de personas, a cambio de conseguir simples beneficios materiales con

el oro negro. ¿Es eso?

—Sí.

—Me gustaría matarlo, señor Wilkington, pero prefiero conservarlo vivo para que haga su declaración en el juicio privado y discretísimo que se realizará. ¡Pero por Dios, cómo me gustaría matarlo!

Joe Slockum se puso en pie, fue hacia la pequeña librería y buscó en unos cajones, hasta encontrar un bolígrafo y unas hojas de papel. Con todo ello, se acercó a Wilkington y se lo entregó.

—Los nombres de esa gente —susurró—. Todos. Será muy interesante conocer a las personas que han estado tramando una guerra que podría haberse convertido en mundial. Los nombres, Wilkington.

Townsend Wilkington inclinó la cabeza y comenzó a escribir.

ESTE ES EL FINAL

Rebeca Pickford abrió la puerta de su apartamento, parpadeó al ver ante ella a Joe Slockum, y se apartó. Slockum entró, en silencio. Ella cerró la puerta y señaló hacia el fondo. Cuando entraron en el saloncito. Slockum echó un vistazo circular y comentó:

—Vives bien.

—Debes tener mucha influencia en la

C. I. A.

para que te hayan facilitado mi dirección.

—Sí, tengo buenos amigos en la

C. I. A.

Claro que no es lo mismo que tenerlos en la Casa Blanca.

—Se supone que también los vas a tener. Naturalmente, como a mí, te habrán avisado de que el señor Kellerman nos recibirá en cuanto se haya instalado, para darnos personalmente las gracias por nuestro trabajo.

—Algo de eso he oído. Pero aún faltan días... Y de todos modos, no me hace mucha gracia esa visita a la Casa Blanca.

—¿Por qué? ¡Es todo un privilegio!

—Sí, sí, pero... Bueno, cuando el señor Kellerman te vea...

—¿Qué?

—Pues que quizá decida convertir la fantasía en realidad.

—¡No seas fantasioso! —rió Rebeca—. Bueno... ¿y qué te trae por aquí, agente Slockum?

—Pensé que no te molestaría invitarme a un trago.

—¿Eso es todo?

—¿Puedes ofrecerme algo más?

—Pensaré en ello. Sírrete tú mismo, ¿quieres? Vuelvo enseguida.

Rebeca salió del dormitorio y Slockum se sirvió un *whisky* corto y seco. Lo estaba paladeando cuando la oyó regresar. Se volvió hacia la puerta... y quedó inmóvil, fija la mirada en Rebeca, de la C. I. A.

Ella llevaba su pijama azul de pata de elefante. Slockum dejó a tuestas el vaso, sin dejar de mirarla. Ella se acercó, despacio. Cuando se detuvo ante él, susurró:

—Sé que en todo momento estuviste deseando algo de mí. Joe. Puedes cumplir tus deseos ahora.

Slockum, de la C. I. A.

abrió lentamente la chaqueta del pijama, estuvo unos segundos observando los preciosos pechos de la señorita Pickford, y, por fin, se inclinó a besarlos, suavemente... Ella hundió sus dedos en sus cabellos y Slockum percibió el intenso estremecimiento. Alzó la cabeza y susurró:

—Supongo que te has informado bien sobre mí, sobre mis... desengaños anteriores.

—Sí.

—Rebeca, no más. No soy hombre de una relación simpática y adiós.

—Lo sé.

—Bueno... Tampoco soy el Presidente de los Estados Unidos, así que quizá mi categoría no alcance para tenerte como amante. Debe haber una gran diferencia entre ser la amiga del Presidente y ser la amiga de Slockum, de la

C. I. A.

—Sí —sonrió luminosamente Rebeca Pickford—. Estoy segura de que debe haber una gran diferencia.

Se colgó por fin del cuello de Slockum y su boca, tierna y fresca, se hundió en la de él, que notó en su pecho el calor de ella.

Y mientras la besaba profunda y apasionadamente, Slockum de la

C. I. A.

pensó, fugazmente, que por fin él había encontrado a su amiga. Sí, sonaba bien: la amiga de Slockum, de la

C. I. A.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...

Notas

[1] «The Rabbits», en inglés, significa «Los conejos». < <